BIBLIOTECA GENERAL
DE EDUCACION.

PRIMERA SERIE.

TOMO VI.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CÉLEBRES,

POR

ON F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



MADRID, 1848:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa núm. 8.

INTRODUCCION.

Muchos niños se han dado á conocer ventajosamente por sus virtudes y su aplicacion; otros han revelado prematuramente en heróicos y admirables rasgos, que habian de ser hombres célebres en lo sucesivo. Nada mas interesante y mas instructivo que el reunir todos estos rasgos y hechos notables que caracterizan la infancia de aquellos hombres que se han hecho célebres en las diversas carreras del estado. Con arreglo á lo prometido, y con la estension que este tomo permite, vamos á reunir aquellos hechos, asi de la vida pública como de la privada, asi de la historia antigua como de la moderna, que mas han contribuido á la celebridad de los niños. Alternaremos los hechos de heroismo y de valor moral con los de aplicacion al estudio, y con los que se refieren á la práctica de las virtudes cristianas. Los santos que se veneran en los altares, los monarcas que mas han brillado en los tronos, los hombres que mas se han distinguido en los ejércitos, en las ciencias y en las artes, todos han sido niños y todos por consiguiente deben tener en este libro sus representan-

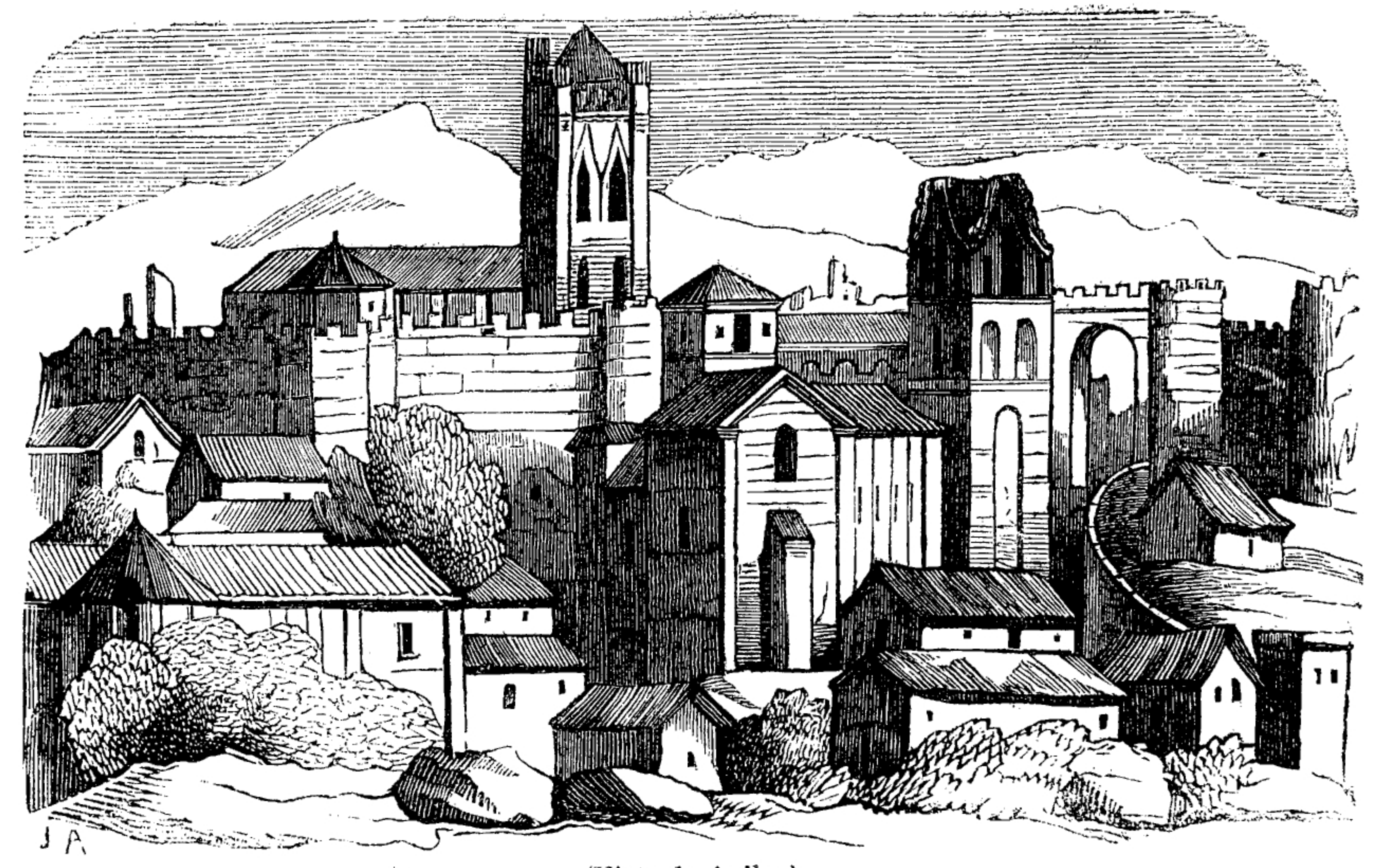
tes. Se notará, sin embargo, cierta preferencia hácia aquellos que habiendo nacido en humilde cuna, han llegado á fuerza de trabajo y de constancia á conquistar una posicion elevada. El espectáculo de aquellos niños, que desde las últimas clases del pueblo han llegado por su mérito personal á ocupar los primeros y mas gloriosos puestos, es el mas eficaz para animar á los que, hallándose en parecidas circunstancias, comprendan que la palma del triunfo solo está reservada en este mundo á la constancia y al trabajo.

SANTA TERESA.

No muy lejos de Avila y por el camino real que conduce á esta antiquísima ciudad, caminaban presurosos un niño y una niña en un hermoso dia del año de 1580. Despues que se hubieron alejado bastante de la poblacion, en lo que parece cifraban su principal empeño, cual si temiesen ser alcanzados, disminuyeron la celeridad de su paso, para entablar la siguiente conversacion.

—Dí, hermanito mio, esclamó la niña, ¿no vás contento, porque al fin logramos nuestro deseo de ir á padecer por la fé de Jesucristo?

—Si que voy, Teresa, contestó el niño, y nada me importa que me maten los moros, pues lo que yo quiero es morir por Jesucristo.



(Vista de Avila.)



—Asi padeceremos el martirio y seremos como los santos cuyas historias tantas veces te he leido.

—Y si padecemos el martirio iremos derechitos al cielo ¿no es verdad?

—Iremos al cielo á ver á Dios y cantar con sus ángeles.

Cobrando nuevo aliento al decir estas palabras, redoblaron el paso para proseguir su camino, pues aquellos inocentes niños, y muy particularmente Teresa, entusiasmada con la vida de los mártires que habia leido, se habian escapado de casa de sus padres, nada menos que con la idea de ir á tierra de moros, donde presentándose como cristianos pudieran recibir facilmente la corona del martirio que tanto ambicionaban.

Sabe Dios hasta que estremo hubieran llevado su proyecto, si no diese la casualidad de encontrar en el mismo camino por donde iban, á un vecino de Avila que los conocia muy bien, porque era antiguo amigo de sus padres. Admirado de ver á los muchachos tan afanosos y en semejante parage, les dijo:

—¿A dónde vais por aqui y de esa manera?

—Vamos hasta la tierra de moros, respondió ingénuamente Teresa.

—¡Hasta la tierra de moros!... ¿Y á qué?

—A recibir el martirio por la fé de Jesucristo.

Era harto prudente aquel hombre para ridiculizar esta determinacion, ni mirarla como cosa de burla, despues de haber escuchado las candorosas palabras de la niña que tanta conviccion revelaban en aquella alma entusiasta. Conoció que aquella

determinacion debia combatirse de otra manera y les habló así:

—Todo eso está muy bien; pero decidme ¿saben vuestros padres, para lo que habeis salido de casa?

Quedó suspensa Teresa, mientras que su hermano decia:

—Si se lo hubiéramos dicho, no nos hubieran dejado salir.

—Pues lo que yo os puedo asegurar, amiguitos, es que si á Dios le agrada mucho que padezcais el martirio por él, le agrada mas todavía el que para todo conteis con la voluntad de vuestros padres.

Miráronse una á otra las dos criaturas, como diciendo:

—Este hombre tiene razon.

—Vamos, esclamó él, venid conmigo á casa de vuestros padres y sepamos qué les parece de este viage.

—Pero nos regañarán, porque hemos salido sin licencia.

—Os doy mi palabra de que no os han de regañar, siempre y cuando que tengais cuidado de pedir licencia en lo sucesivo.

Fácilmente obtuvieron los niños el perdon de sus padres, que ya estaban inquietos por su ausencia. Despues que se convencieron de que era imposible ejecutar su viage, concibieron otro proyecto mas fácil, con el que pensaban satisfacer su celo religioso: dispusieron hacerse anacoretas á imitacion de aquellos piadosos ermitaños que desde los primeros tiempos del cristianismo habian troca-

do los goces de la vida por las penalidades del desierto.



Para esta segunda determinacion ya contaron con sus padres, que consintieron muy gustosos, admirando en los niños aquellos sentimientos y su constante inclinacion á la virtud. En el jardin de la casa de sus padres formaron, del mejor modo que les fué posible, unas celdillas ó ermitas á las que se retiraban á practicar sus devociones, y tenian ademas un primoroso altar en el que ponian las imágenes de su devocion, y muy particularmente la de la Vírgen Maria, siempre rodeada de flores.

Hubo sin embargo una época en la que se entibiaron algun tanto las piadosas prácticas de Teresa, y fué cuando habiendo perdido á su madre, la lectura de las novelas produjo sensacion en su ardiente fantasía. Aconsejada á tiempo y advirtiendo los peligros á que se esponia, los sentimientos religiosos volvieron á ejercer en ella su imperio, y á los vein-

te años de edad tomó el velo en un monasterio de carmelitas. Pronto fué el modelo de todas las religiosas, llegando despues á tener suficiente autoridad y prestigio para verificar la reforma de la órden. Con su egemplo y con sus admirables escritos fué y es guia segura de cuantos quieran avanzar en el camino de la perfeccion espiritual. Por último, soportó sus padecimientos físicos con valor y resignacion hasta los sesenta y siete años de edad, en que pasó á la mansion eterna.

LICOFRON.

Una de las crueldades que refiere la historia de Periandro, tirano de Corinto, es la inmerecida muerte que mandó dar á su esposa Melisa. Era, sin embargo Melisa, madre de dos niños que se estaban educando en Epidauro en casa de su abuelo, y el tirano Periandro que despues de la muerte de su esposa, echaba menos los dulces afectos de familia, envió por los niños para que le hiciesen compañía. El mayor de los dos hermanos se prestó á venir gustoso, pero el mas pequeñito manifestó la mayor repugnancia, y recordando la catástrofe de su madre, no tan secreta que no hubiese llegado á su noticia, cuando se halló delante del tirano, ni quiso saludarle, ni hablarle, llevando su obstinacion hasta el estremo de no contestar á las preguntas que le hacia.

Altamente indignado Periandro, mandó que le arrojasen ignominiosamente del palacio; pero no faltaron algunos buenos amigos, que admirando la

entereza y amor á su madre que aquel niño manifestaba, le acogieron con gusto en sus casas; mas no era esto lo que el tirano pretendia. Conociendo que la acogida del niño era una tácita reprobacion de la conducta del padre, y que de esta suerte nunca lograria doblegar el altivo carácter de Licofron, que este era el nombre del niño, prohibió severamente el que le diesen hospitalidad.

Vióse entonces el pobre niño desamparado y errante por las calles, sin tomar mas alimento que el que de misericordia le ofrecian, y aun eso hubieron de hacerlo de oculto; pues el padre ya despechado, y viendo que el hijo no cedia, prohibió el que le hablasen y diesen socorro de ninguna especie bajo pena de muerte, amenaza que era muy capaz de cumplir.

Llegaron las cosas al estremo de que el pobre Licofron permaneció casi tres dias sin comer, al cabo de los cuales, conociendo Periandro, que el muchacho era capaz de dejarse morir de hambre, fué el mismo á proponerle algun alivio en sus miserias, si mudaba de propósito. Licofron en quien los padecimientos físicos no habian debilitado la energía del alma, solo respondió estas palabras:

—Padre, has incurrido en la pena de muerte, pues vienes á hablarme contra la órden que tienes dada.

Licofron fué desterrado á Corcira por su padre Periandro; pero cuando éste, consumido de vejez, vió que se acercaba la hora de su muerte, mandó que le trajesen á Licofron, y á él solo dejó por heredero del reino de Corinto, diciendo que so-

lo era capaz de gobernar el reino, quien tales pruebas habia dado de ingenio, de valor y de constancia.

WATT.

En la cocina de una humilde casa del pueblo de Greenock en Inglaterra, se hallaba en 1750 un niño que, sentado delante del hogar, contemplaba fijamente la cafetera que estaba puesta á la lumbre. Nada podia distraer su atencion, ni aun la voz de su madre, que admirada de la inmovilidad del niño, se acercó á ver que era lo que de tal modo cautivaba su atencion. No era otra cosa mas que el vapor del té que estaba hirviendo en la cafetera, el que salia silbando y con estraordinaria fuerza por el piton de la vasija. Pues bien, alli donde la buena muger nada hallaba de estraordinario, alli su hijo Watt, el inventor de la máquina de vapor, descubria la fuerza poderosa que habia de cambiar el mundo físico. Anteriores y contemporáneos de Watt han existido hombres que han hecho aplicaciones del vapor y conocido su fuerza elástica, pero ninguno como él ha empleado esta fuerza motriz para producir un movimiento de rotacion continuo y regular.

METASTASIO.

El célebre jurisconsulto Gravina, á quien el sério estudio de las leyes no impedia el dedicarse con estremado ardor á la poesía, pasaba en cierta ocasion por la plaza de una ciudad de Italia, cuando

le llamó la atencion un gran corro de gente que allí estaba formado. Acercóse á ver lo que atraia tantos curiosos, creyendo no sin fundamento que seria alguna cuadrilla de saltimbanquis; pero así que pudo atisvar lo que dentro del corro pasaba, vió un muchacho como de ocho á diez años que estaba recitando versos en voz alta, con cierta cadencia y cierto entusiasmo.

—Vamos, dijo Gravina, que ese chiquillo bien aprendida tiene su leccion.

—¡Cómo su leccion! esclamó uno de los circunstantes: todo eso que dice lo inventa él ahora mismo.

—¿Será posible? esclamó Gravina, peroesos versos son preciosos para ser improvisados!

Púsose á escuchar con la mayor atencion, quedándose cada vez mas asombrado, hasta que el niño habiendo terminado, se puso á dar la vuelta al corro con su cubilete en la mano, pidiendo una limosnita por Dios, mas bien que el premio de su trabajo. Pocos atendieron á la justa solicitud del niño, que pasó tambien por delante de Gravina, presentándole maquinalmente su cubilete. El ruido de las monedas que en él cayeron, le hizo levantar sus ojos radiantes de placer y de sorpresa hácia su inesperado bienechor.

—¿Cómo te llamas? le dijo éste.

—Pedro Trapassi, contestó el niño, cuyas amortiguadas facciones y ojos llorosos, bien revelaban sus padecimientos.

—Pues bien, Pedro, te atreverás á improvisar unos versos sobre un asunto que yo te proponga.

—Con mucho gusto lo haré, caballero.

—Se trata de una princesa desesperada al ver que la abandona el príncipe á quien generosamente habia acogido en sus estados.

—¿*Dido y Eneas*?

—¡Hola! Parece que lo has adivinado, esclamó Gravina á quien pasmaba tanta erudicion.

El niño levantó los ojos al cielo, y en actitud de inspiracion recitó los versos que le pedian, con tanto entusiasmo y tanta armonía que el jurisconsulto sin dejarle apenas acabar, le dió un abrazo y le dijo:

—Ya no me queda duda ninguna: la Italia tiene un gran poeta mas. Desde ahora mismo te vienes á mi casa donde nada te faltará y donde yo cuidaré de tu porvenir.

—Señor, contestó el niño, yo estoy en compañía de un pobre ciego, al que no puedo dejar abandonado, porque ha hecho para mí las veces de padre y á él debo lo poco que sé.

—Me gusta esa conducta, hijo mio: que venga tambien contigo, que para los dos habrá colocacion.

Pedro Trapassi conociendo en el semblante y en las palabras de su interlocutor que era incapaz de burlarse de él, le siguió penetrado de una viva gratitud que le duró toda su vida, y que le hizo en 1717 llorar sinceramente á su bienechor.

Este hombre generoso no solo le instruyó por sí mismo y le buscó maestros, sino que adoptándole por hijo le dejó todo su caudal, exortándole á seguir la carrera de la poesía para la que manifestaba tan brillante disposicion.

Pedro Trapassi conservó el nombre sonoro de *Metastásio* que su protector le habia dado, y dócil



á sus consejos, se dedicó enteramente á la poesía dramática, en la que desde los catorce años en que compuso su primera tragedia, hasta los ochenta y cuatro en que falleció, toda su vida fué una continuada série de triunfos.

En medio de su gloria y su fortuna, nunca se olvidó el Metastásio de los oscuros principios de su vida, que solia recordar con mucha frecuencia.

CANOVA.

A juzgar por el movimiento y por los preparativos que se advertian en las cocinas y repostería de una magnífica posesion situada en las inmediaciones de Roma, gran convite iba á verificarse en aquella deliciosa quinta. Así era con efecto, y todos los dependientes sabiendo que su amo tenia convidados á sus amigos y á personas de etiqueta, se esmeraron en llenar los deseos de su amo y en agradar á sus comensales. Era entonces costumbre el colocar en el centro de la mesa en vez de ramillete, alguna obra vistosa, algun capricho de arquitectura que no se desbarataba luego para recreo del paladar, sino que solo se destinaba á producir un hermoso golpe de vista. El gefe de cocina se habia afanado en construir de pasta un soberbio edificio gótico con sus torrecillas de filigrana y sus ventanas caladas: obra que debia ostentarse erguida sobre la mesa causando la admiracion de los convidados. Mas cuando al acercarse la hora del convite, fué

el gefe de cocina á sacar del horno su obra maestra, lanzó un penetrante grito de espanto y desesperacion.

A los gritos y demostraciones del cocinero, acudieron los marmitones y demas gente de la cocina, quedándose todos estupefactos á vista de aquel edificio, tostado enteramente, cubierto de cenizas y demolido por algunas partes.

—¡Mal haya mi descuido! decia el gefe, arrancándose con furia el gorro y los pelos de la cabeza.

—¿Y qué se ha de hacer? esclamaban tristemente los otros dependientes de cocina. Ya casi es la hora de sentarse á la mesa y no queda tiempo de hacer otra cosa.

—No hay mas que hacer, contestó despechado el gefe, sino que yo estoy despedido. ¿Cómo el amo me ha de perdonar el que falte en su mesa y en un convite de etiqueta un requisito tan importante?

Entre los muchos que á los gritos del cocinero se habian agolpado al rededor de la mesa donde se ostentaba la catástrofe, se hallaba un muchacho, hijo de uno de los albañiles que á la sazon trabajaban en la casa. Aquel muchacho siempre que iba á ver ó á ayudará su padre, solia hacer alguna visitilla á la cocina, donde siempre se le pegaba alguna cosa. Entonces, despues de haber mirado con atencion los fragmentos del edificio y la pasta de que se componian, preguntó con cierto aire de seguridad.

—¿Ha quedado algo de la pasta?

—Cuanta quieras, contestó el gefe.

—¿Y solo se desea una cosa para el golpe de vista?

—Nada mas, hijo mio.

—Entonces nada se ha perdido. Venga aquí la masa, y dentro de poco ya se verá lo que resulta.

El gefe de cocina que entonces se hallaba muy dispuesto á aceptar cualquier recurso, entregó al muchacho cuanto le pedia, casi persuadido al ver su seguridad, de que le habia de sacar del apuro.

El muchacho manejando la masa con desembarazo y sacando los palillos de modelar, que por lo visto siempre llevaba consigo, formó en pocos momentos un corpulento leon, lleno de arrogancia y magestad, y le espolvoreó bien de harina para que mejor imitase la piedra

Le hizo tambien su correspondiente peana, y despues de haber dirigido una mirada de satisfaccion á su obra, dijo al maravillado gefe de cocina:

—Ya puede vd. ir á presentarle sobre la mesa.

Cuando esto llegó á verificarse, se oyó un grito general de admiracion, pues aquella era una obra maestra de escultura.

—Te has lucido, amigo mio, esclamó altamente satisfecho el amo de casa.

—Señor, no he sido yo, contestó algo confuso el cocinero.

—¿Cómo es eso? Pero supongo qne siempre habrá sido alguno de mis dependientes.

—Señor, ha sido un muchacho... un pobre aprendiz de albañil que todavía no tiene fuerzas para manejar la piqueta, pero que se esfuerza en ayudar á su padre que está trabajando en la casa.

—Que suba, que se presente, clamaron los convidados.

Presentóse Canova, que este era el nombre del niño, y todos le felicitaron y le dispensaron obsequios á porfía. El dueño de la casa que habia concebido un buen designio, preguntó á Canova:

—¿Has tenido algunos principios de dibujo?

—Nada, monseñor, pero continuamente me he ejercitado en trazar y modelar figuras de todas clases con la misma argamasa y yeso que prepara mi padre. Así imitando todo cuanto veo y á fuerza de constancia y de teson, he llegado á adquirir en esto cierta habilidad.

— Bien lo has acreditado, querido mio, pero has de saber que tu precoz talento merece ser cultivado, y yo me encargo de proporcionarte los estudios que para eso se necesitan.

Esta determinacion, que fué generalmente aplaudida, escitó el mayor entusiasmo en Canova, que arrojándose á besar la mano de su protector, esclamó:

—¡Ah señor! cuanto os lo agradezco; porque hasta ahora nadie ha hecho caso de mis habilidades.

Este primer ensayo de Canova debido á su constante trabajo, le valió tan señalada proteccion, y presagió la celebridad que habia de adquirir en lo sucesivo el único escultor de los tiempos modernos cuyas obras se han puesto en parangon con las de la antigüedad griega y romana.

CARLOS XII.

Cuando nació el príncipe real de Suecia, llamado despues Carlos XII, fué en tal estado de abatimiento y debilidad, que todos temieron por su vida. Al ver aquella criatura tan inerte, sin calor y sin respiracion, los médicos redoblaban sus esfuerzos para salvarla, á vista del angustiado padre, el rey Carlos XI que no se apartaba de su lado. Estando en esto, retumbó el primer cañonazo de la salva con que se anunciaba y festejaba el nacimiento del príncipe real, y el estampido del cañon le conmovió de tal modo, que inmediatamente dió señales de vida, abrió los ojos y empezó á tomar el alimento que le presentaban. El rey Carlos XI esclamó entonces:

—No seria hijo mio, si no se hubiese despertado con semejante música.

Las inclinaciones belicosas del príncipe no se desmintieron un momento en toda su vida. Solo tenia siete años, cuando hallándose en el gabinete de su padre, vió dos planos, el uno de una ciudad de Hungría, conquistada por los turcos al emperador, y el otro de Riga, capital de la Livonia, que habia sido conquistada por los suecos, hacía ya mas de un siglo. Llamáronle al niño la atencion unas palabras escritas debajo del plano de la ciudad húngara, que decian así:

«Dios me la ha dado y Dios me la ha quitado: que el nombre del Señor sea bendito.»

Apenas el príncipe leyó estas palabras tomadas del libro de Job, cogió un lapicero y escribió debajo del plano de Riga:

«Dios me la ha dado, el diablo no me la quitará.»

Cuando se halló en disposicion de entender la historia, se aficionó tanto á la de Alejandro Magno, que no se le caia el Quinto Curcio de la mano. Admirado de esto el preceptor del príncipe, llegó á preguntarle un dia:

—¿Qué es lo que pensais acerca de Alejandro, que tanto escita vuestra admiracion?

—Solo querria, respondió el príncipe, parecerme á él en todo.

—Pero tened presente que su vida fué muy corta. ¡Solo vivió treinta y dos años!

—¿Qué importa eso? ¡Bastante vivir es cuando se han conquistado tantos reinos!

Estos rasgos revelaron bastante el carácter del que destronó al rey Augusto de Polonia, del que hizo temblar á los demas soberanos de Europa, que le llamaban el *Alejandro del Norte*, y por último, del belicoso monarca, que al escuchar las descargas de artillería al empezar la batalla, esclamaba:

—Esta es mi música favorita.

EL DUQUE DE BORGOÑA.

Luis, duque de Borgoña, hijo del delfin de Francia y nieto de Luis XIV, era un niño de un carácter tan altivo y de un genio tan caprichoso, que ya daba bastante en qué entender á cuantos le



rodeaban. La adulacion que tan perniciosa influencia egerce en los palacios de los príncipes, habia viciado el carácter de aquel niño, que ufano con su elevado nacimiento, no podia sufrir la mas mínima, contradiccion y que á los ocho años de edad, ya queria avasallar la voluntad de los hombres poderosos que por todas partes le rodeaban. Para domar esta naturaleza rebelde, para corregir el estravío de aquellos primeros años, fué designado el abate Fenelon, á quien se confirió el honroso cargo de preceptor del príncipe. El virtuoso abate que no habia solicitado este cargo, tampoco le rehusó, y se preparó desde luego á luchar con los obstáculos que no dudaba se le habian de oponer.

Efectivamente, Luis, duque de Borgoña, asombrado de ver que su nuevo preceptor consideraba como faltas graves algunas cosas que hasta entonces nadie le habia vituperado, no tardó en dirigirle algunas réplicas insolentes. Fenelon solo contestó con un desdeñoso silencio y con sonrisa de desprecio, previniendo al orgulloso niño que se apartase de su presencia y se retirase á su cuarto, como para darle tiempo de reflexionar en lo que acababa de decir.

Despues se le anunció que el abate Fenelon, ofendido de su conducta, iba á poner en manos del rey la dimision de su destino, cosa que unida al remordimiento de su imprudente accion, hizo al niño entrar en cuidado é implorar el perdon de su ofendido maestro: mas como éste entonces manifestase la mayor entereza, puso por intercesora á madama Maintenon, la que consintió al fin en

presentarle á Fenelon y rogar que le perdonase.

—¿Qué seguridad tengo yo, esclamaba, de que no volverá á incurrir en la misma falta?

El duque reflexionó un instante, cogió un papel y una pluma, escribió algunas palabras y se las presentó á su maestro, diciendo:

—Tomad, aquí está mi respuesta.

El papel estaba concebido en estos términos:

«Prometo, á fé de príncipe, á el abate Fenelon, hacer al instante cuanto me mande y obedecerle cuando me prohiba alguna cosa, y si faltare á esta promesa, me someto á toda clase de castigo y deshonor.

Dado en Versalles el 29 de noviembre de 1629.

Luis.

ROLLIN.

En el año de 1671, una muger bastante anciana y al parecer muy afligida, se presentó en la portería del convento de Benedictinos de Blancs-Manteaux pidiendo hablar al padre Anselmo, uno de los mas sábios y mas venerables religiosos de aquella célebre comunidad. Así que el religioso bajó hasta los límites de la clausura, la buena muger esclamó:

—Padre Anselmo, yo vengo á dar á vd. las gracias por el cuidado que ha tenido de mi hijo Cárlos, y por las lecciones que le ha dado; pero al mismo tiempo siento decir á vd., que esto no puede seguir así.

—¿Pues cómo? contestó asombrado el buen religioso.

—Porque el muchacho, bajo pretesto de que viene al convento, ni asiste á él para ayudar á misa y hacer lo que vd. le mande, ni va al taller para aprender un oficio, y lo que sucede es que se está correteando, sabe Dios donde, con otros chicos, y haciéndose un pillo y un holgazan.

El padre Anselmo queria mucho á Carlitos, cuyas buenas disposiciones en solos nueve años de edad le habian chocado en estremo. Por esto le habia sacado de casa de su madre, pobre viuda que nada podia hacer por él, y le habia facilitado la entrada en el convento con ánimo de darle educacion y hacer de él un hombre de provecho. Asombrado de lo que acababa de oir acerca de su favorecido, contestó con seriedad:

—Señora, eso no puede ser: en primer lugar, porque Cárlos no ha faltado un solo dia del convento, y en segundo lugar, porque le creo incapaz de juntarse con la canalla.

—¡Cómo que no, padre Anselmo! ¿Si vd. supiese á la hora que entra en casa? siempre hora y media ó dos horas mas tarde de lo regular, y luego llega sudando y sofocado, y cuando se le pregunta que dónde ha estado y por qué ha tardado tanto, baja la cabeza sin responder. ¡Oh! yo tomaré una determinacion.

—No: es preciso que nada le diga vd. Yo estaré á la mira, y si advierto alguna cosa, dos palabras que yo le diga bastarán, pues es dócil, para hacer carrera de él

La pobre madre se retiró muy consolada, pues las madres siempre se inclinan á creer lo mejor acerca de sus hijos, y Cárlos volvió al dia siguiente al convento de los Benedictinos. Acabados los oficios divinos y antes que el padre Anselmo pudiera decirle una palabra, desapareció prontamente de su vista. Al dia siguiente, como que el deseo del padre Anselmo era observar al niño antes que todo, se despojó rápidamente de sus ornamentos sacerdotales; mas por listo que anduvo, tampoco pudo seguirle, solo si observó que no salia por la iglesia, sino que cruzaba el patio y desaparecia al traves de los claustros. Entonces encargó al hermano portero que para el dia siguiente estuviese en observacion. Pero al otro dia sucedió lo mismo, y el padre Anselmo cuyas piernas no tenian la misma ligereza que las del muchacho, le perdió pronto de vista y se contentó con llegar hasta la porteria diciendo:

—¿Ha salido?

—Por aquí no ha salido nadie, contestó el portero.

—¡Oh! pues si está dentro de casa no le deje vd. salir sin avisarme.

Dada esta órden, se puso el padre Anselmo á registrar todo el convento, claustros, escaleras, refectorio, cocina, y todo en valde, pues el muchacho por ninguna parte parecia. Rendido de andar, se retiró á su celda y se arrellanó en su poltrona para tomar aliento y para preguntarse á sí mismo:

—¿Dónde puede estar escondido este muchacho? pues cuando el portero no avisa, indudablemente no ha salido.

Hallábase entregado á esta cavilacion y en el mas profundo silencio, cuando le pareció oir ruido de papel en el gabinetillo donde tenia su mesa y los estantes de sus libros Fué allá con precaucion y á nadie vió, pero no dejó de sobresaltarse creyendo fuesen ratones, por lo que dirigió una mirada de ansiedad á la tabla en que estaban sus manuscritos y sus mas preciosos libros de historia, advirtiendo entonces que faltaba uno de los mas curiosos. Casi al mismo tiempo percibió el ruido del roce de papel, como el que resulta al volver las hojas de un libro, y aquel ruido, no habia que dudarlo, salia de una pequeña alacena abierta en un rincon y en el grueso de la pared

El padre Anselmo se acercó de puntillas y abrió de improviso la alacena, dando un susto atroz á Cárlos, que agazapado en aquel escondrijo, sentado en el suelo y teniendo sobre las rodillas un enorme librote estaba leyendo á la escasa luz que permitian las rendijas de la puerta.

—¡Gracias á Dios que te encontré, perillan! esclamó el padre Anselmo aparentando enojo; pues realmente aquel encuentro, mas que enfado, le causaba admiracion.

—Sal afuera y pon ese libro en su lugar.

Pero el muchacho tenia tal temor que no daba indicios de salir de su madriguera, por lo que el padre Anselmo continuó:

—Sal aquí, que no te castigaré.... ¡Mira, mira cómo te has puesto de polvo! Te parece regular que mientras tu madre está tan afanosa por tu tardanza, y mientras que yo estoy subiendo y bajan-

do escaleras hasta molerme los huesos por encontrarte, te halles tú aquí causando este trastorno y deshojándote por leer en tal oscuridad.

El muchacho no respondia: bajó la cabeza y gruesas lágrimas corrian por sus megillas.

—Lo peor de todo es haber abusado de tal modo de mi confianza para entrar en mi cuarto y para cogerme los libros; pero vamos, no llores, que todo se compondrá.

Despachó al instante al muchacho para que fuese á tranquilizar á su madre y apenas le hubo perdido de vista, esclamó entusiasmado:

—No se ha visto cosa semejante, ni tal aficion á la lectura. ¡Oh! es preciso sacar partido de esta disposicion, y esto yo solo lo puedo hacer, pues su madre es una pobre viuda que no puede costear los gastos de su educacion, y lo que desea es que aprenda cuanto antes un oficio que le dé de comer. Indudablemente este niño ha de ser un grande hombre.

No se equivocó en su presagio el piadoso benedictino: aquel niño, llamado Cárlos Rollin, siguió los estudios con ardor y con estraordinario aprovechamiento, así que su protector obtuvo para él una pension en el colegio llamado de los *Diez y ocho*. Recorrió despues todos los grados del profesorado, hasta ser rector de la universidad de París. Publicó varias obras, siendo las mas principales el *tratado de los estudios*, la *historia antigua* y la *historia romana*, y lo que es todavía mas importante, su reputacion de ciencia ha ido siempre unida con la de su virtud.

VICENCIO VIVIANI.

En el año de 1638 recorria la pintoresca campiña de los alrededores de Florencia, un niño como de doce años de edad, que era muy bien recibido en todas las casas de campo, y aun en las humildes cabañas en que se detenia. Los niños palmoteaban al verle, las madres abandonaban sus quehaceres para salir á recibirle, y hasta los labradores descansaban de sus fatigas, contemplando las maravillas de la misteriosa caja que el niño llevaba sobre las espaldas.

Esta misteriosa caja era pura y simplemente una linterna mágica. El niño, llamado Vicencio Viviani, la habia comprado en Florencia con los ahorros que sus padres le habian podido proporcionar, y enterado bien del mecanismo de aquella máquina óptica, que por lo difundida que se encuentra á nadie sorprende en el dia, halló entonces en ella un poderoso recurso de subsistencia. Como que no se necesita mucho aparato para que la linterna produzca su efecto, al instante improvisaba Viviani su teatro, aunque fuese en una miserable choza, embargando la atencion de los campesinos con los portentos que les manifestaba.

Ya eran el sol y la luna y los astros que giran en el espacio.

Ya eran los retratos de famosos personages y de ilustres heroinas.



Ya era una procesion con toda su pompa religiosa.

Ya eran grotescas y risueñas caricaturas.

Ya era en fin una revista militar con desfile de infantería, caballería y artillería.

Tan maravilloso espectáculo proporcionaba á

Vicente no solo los aplausos de la muchedumbre, sino alojamiento, cena y provision de víveres para la caminata del dia. Ademas en algunas casas de campo y habitaciones de particulares acomodados, solian añadir algunas monedillas, y esto avivó la codicia del muchacho que quiso probar fortuna en las ciudades, pareciéndole que allí serian mas abundantes los productos de su linterna.

Pero se engañó en sus cálculos, porque era preciso un espectáculo mas nuevo y mas sorprendente para provocar la curiosidad de los habitantes de la ciudad, que por lo regular pasaban de largo sin parar la atencion ni en el niño, ni en su linterna: cosa que le hacia recordar la buena acogida que habia tenido entre los sencillos labradores.

Para colmo de su infortunio, una noche en que se hallaba atormentado por el hambre y por el frio y abrigado en el hueco de una puerta cochera de un soberbio palacio de Florencia, el aire que soplaba con violencia, apagó de improviso la lámpara de la linterna mágica, dejando á oscuras al maquinista y á algunos curiosos que empezaban á acudir.

Lamentábase el niño, sollozando, de su mala ventura, cuando acertó á pasar un anciano que condolido de la situacion del niño, quiso travar conversacion con él.

—Qué es lo que estás enseñando ahí, le dijo:

—Es una linterna mágica, solo que ahora se me ha apagado la luz y....

—Nada importa: yo te recompensaré bien, si sabes esplicarme lo que es una linterna mágica.

Admiróse el niño de la pregunta, mas sin tur–

barse empezó su relacion, esplicando el ingenioso mecanismo por medio del cual se reproducian en el lienzo ó en una blanca pared, aquellas imágenes transparentes, producidas por los vidrios que las aumentaban. Esta esplicacion la hizo el niño con tanta sencillez como inteligencia, así es que el anciano, que le habia escuchado con la mayor atencion, le dijo en cuanto concluyó de hablar:

—Ahora recoge la linterna y todos los trevejos y vente conmigo á casa: yo te enseñaré, pues tienes disposicion para ello, las matemáticas, la física y la astronomía: yo te enseñaré á sorprender esos grandes secretos de la naturaleza y de la ciencia que tan perfectamente sabes esplicar.

Desde aquel momento Viviani, bajo la direccion de su maestro, hizo asombrosos progresos en las referidas ciencias, escitando la admiracion del mundo sábio. El fué el único geómetra capaz de continuar y recomponer los libros de Aristéo, y los de secciones cónicas de Apolonio Pergæo, que estaban perdidos.

Solo estuvo tres años Viviani bajo la direccion de su anciano protector, al que al cabo de este tiempo tuvo la desgracia de perder; pero su grato recuerdo nunca se apartó de su memoria. Cuando Viviani favorecido por la fortuna y altamente protegido por Luis XIV de Francia, llegó á construir para su habitacion una suntuosa casa en aquella misma Florencia por cuyas calles tan menesteroso anduviera en otro tiempo, el mas elegante gabinetillo de esta casa, fué consagrado como un templo á la memoria de su venerable protector. Allí esta-

ba un busto de mármol colocado sobre su pedestal, en el que se leia en letras doradas el nombre de GALILEO.

CRUZADA DE LOS NIÑOS.

Los niños hasta en sus juegos revelan la marcada aficion que tienen á las ocupaciones y á las fatigas militares. Se complacen en jugar á los soldados, en remedar las marchas y evoluciones de la tropa, en figurar dos ejércitos que se baten, en distribuir entre sí los grados y empleos de la milicia, reservando cada uno para sí el grado de general. Estas inclinaciones de los niños, que para muchos de ellos se han de convertir en la ocupacion constante de toda su vida, revelan bien su amor á la gloria, y que son capaces aun en su temprana edad, de aquellas grandes empresas que han inmortalizado á los hombres.

Muchos egemplos pudieran citarse, como el de Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, que apenas salido de los años de la infancia, fué herido combatiendo al lado de su padre en la batalla de Poitiers. Turena siendo muy jovencito pasó toda la noche recostado en la cureña de un cañon sobre la muralla de Sedan para desmentir á los que atendida su constitucion delicada, decian que nunca seria apto para las fatigas de la guerra.

Mas el egemplo mas grandioso, el sin igual en

la historia, el que mas prueba ese espíritu bélico de los primeros años, es el que vamos á referir sin género ninguno de elocucion, antes como prueba de autenticidad, traduciéndole testualmente de una antigua noticia.

En el año de 1212, durante aquel heróico periódo de la edad media, en que la Europa entera se precipitó sobre el Asia, ocurrió en Francia un suceso sin igual en aquellos tiempos tan fecundos en maravillas. Las predicaciones de los sacerdotes y las relaciones de los cruzados que volvian de Ultramar, habian entusiasmado los ánimos hasta tal punto, que aun los niños sin acordarse de su debilidad, resolvieron por un movimiento espontáneo, alistarse ellos tambien como soldados de la cruz.

Cierto muchacho recorriendo las ciudades y castillos del reino, como si hubiese sido enviado por Dios, cantaba un himno que empezaba así:

¡Oh! señor Jesus,
Vuélvenos tu Santa cruz.

Cuando los otros muchachos de su edad le veian y escuchaban, le seguian en tropel, de modo que el gefe predicador y guerrero, concluyó por hallarse á la cabeza de una innumerable procesion. Caminaba en un carro muy bien adornado y rodeado de una guardia de niños. El sitio de la reunion era una llanura cerca de París, adonde llegaron en poco tiempo muchos miles de aquellos peregrinos, cuya edad á lo mas era de doce á catorce años. Formaban en las villas y lugares bandadas en que

estaban confundidas las condiciones, sexos y edades; pero cuando se les preguntaba lo que intentaban, respondian unánimes con tono resuelto y cabeza erguida:

—Queremos ir á Jerusalen para librar el sepulcro del Señor.

En vano sus padres y nodrizas procuraban retenerlos con lágrimas, reconvenciones y castigos; cada vez tenian mas entusiasmo por incorporarse á las cruces y banderas enarboladas por tan singular milicia. Los encerraban (dice un cronista) y quebrantaban las puertas, saltaban por las ventanas, ó rompian las paredes de su prision. Blandicendo sus mezquinas armas, cantando en coro como su general

¡Oh! señor Jesus,
Vuélvenos tu Santa cruz.

Se ponian en camino sin guia, sin provisiones y sin dinero!... ¿Jesus, no habia bendecido á los niños prometiéndoles su reino? Su ángel de la guarda debia conducirlos: Dios debia proveer á todas sus necesidades y allanar delante de ellos todos los obstáculos.

A lo primero, los jóvenes cruzados marcharon alegres y triunfantes; á su tránsito, en todas partes salian los habitantes á recibirlos en nombre de Dics, como á huérfanos que eran. No se les consideraba mas que como inocentes y piadosas criaturas inspiradas por el cielo, y les proporcionaban con solicitud dinero y víveres. Hasta hubo

hombres y mugeres que abandonaron sus casas y sus campos para acompañarlos, creyendo seguir el verdadero camino dela salvacion. Sin embargo, en camino tan prolongado, los jóvenes entusiastas tuvieron mas de una ocasion de arrepentirse. Ladrones y hombres perversos se mezclaban entre ellos, y desaparecian despues de haberlos engañado y despojado. La fatiga del camino y el calor acabaron con muchos, otros fueron pillados en los caminos y en los bosques y despues vendidos como esclavos. Aunque tristemente diezmada, esta milicia infantil, tomó su ruta por la Borgoña, cruzó la Provenza y llegó á la ciudad de Marsella, punto de la partida. Aun componian de quince á veinte mil niños, sostenidos por la fé y la esperanza. ¡Fé bien viva! porque parece imposible creer que aquellos infelices se hubiesen dejado persuadir por algunos visionarios, que Dios secaria en favor suyo los abismos del mar, y que podrian pasar á Jerusalen como los israelitas á la Tierra Prometida y que podrian llegar hasta las costas de Siria, siguiendo el lecho del Mediterráneo.

Por el camino sufrian repetidos engaños, y cuando distinguian álo lejos las torres de una gran ciudad, ó las aguas de un rio, preguntaban:

—¿Es aquella Jerusalen?—¿Es aquel el mar? y les respondian:

—Todavía no. Seguid caminando: lo que ellos hacian sin rechistar.

Mas cuando se encontraron con que no se verificaba el gran milagro prometido, el mas profundo desaliento se apoderó de la mayor parte de

ellos. Pensando en las comodidades de la casa paterna, en las caricias y lágrimas de una tierna madre, emprendieron cada uno por su lado la vuelta á su pais, descalzos y con los vestidos hechos pedazos. Sufriendo todas las amarguras del arrepentimiento y del hambre, pedian limosna y lloraban; pero los habitantes del campo y de las ciudades los rechazaban y se burlaban de ellos, y segun la espresion del cronista, se cumplieron entonces las palabras del profeta: «Los niños pidieron pan y nadie habia para partírselo.»

Los caminos se llenaron de los cadáveres de aquellos infelices: muchos se perdieron y desaparecieron sin que se pudiese averiguar qué habia sido de ellos. ¡Muy pocos tuvieron la dicha de abrazar otra vez á sus padres!

Los que se quedaron en Marsella, persistiendo en su delirante exaltacion, tuvieron una suerte no menos desgraciada: dos negociantes de la ciudad, Hugo Ferré y Guillermo Porc, tuvieron el infame pensamiento de encontrar en esta circunstancia una especulacion lucrativa. Ofrecieron á los pequeños peregrinos transportarlos gratuitamente al Oriente, diciendo que querian contribuir á su buena obra. La proposicion fué aceptada con alegría, y siete navíos cargados de muchachos se hicieron á la vela para la Siria. Al cabo de dos dias de navegacion se movió una tempestad, y dos embarcaciones se fueron á pique con todos sus pasageros en frente de la isla de San Pedro: las otras cinco llegaron á Alejandría y á los puertos vecinos, donde Hugo y Guillermo vendieron como esclavos á

los sarracenos, todos los infelices que habian engañado.

Muchos, dicen los cronistas, lograron la palma del martirio, despues de haber dado á los infieles el edificante espectáculo del valor que la religion cristiana puede inspirar así á la edad mas temprana como á la mas madura. Aun aquellos que no se vieron precisados á elegir entre la muerte y la apostasía, permanecieron fieles á la fé de sus padres y la conservaron constantemente en medio de las lágrimas y la esclavitud.

Los comerciantes marselleses no tardaron mucho en espiar su criminal traicion. Tramaron un complotcontra Federico, emperador de Alemania, y siendo descubiertos perecieron en el suplicio. El papa Gregorio IX en conmemoracion del naufragio, hizo edificar una iglesia en la isla de San Pedro, instituyendo doce canónigos para que la sirviesen, y mandando enterrar decorosamente los cadáveres que el mar arrojaba á la orilla. En cuanto á los jóvenes cruzados que se quedaron en Francia y sobrevivieron á sus padecimientos, el santo padre no quiso dispensarlos de sus votos, y todos tuvieron que cumplir la peregrinacion á Jerusalen en su edad madura, ó conmutar sus votos con limosnas.

Tal fué el resultado de una empresa que no habia tenido egemplo hasta entonces, ni despues ha tenido imitadores.

CIRO.

Ciro que fué despues el célebre rey de Persia, apenas tenia doce años, cuando ya se habia adquirido una gran reputacion de talento y de firmeza de carácter. Bien lo acreditó cuando llevado por su madre Mandane á la córte de Astiages, su abuelo y rey de los medos, supo en medio del fausto y magnificenciade dicha córte, conservar toda la austeridad que entonces caracterizaba á las costumbres de la Persia. Fiel á la enseñanza que en su pais habia recibido desde pequeño, se manifestaba siempre afable con todos, y aunque ciertas cosas evidentemente le desagradaban, se guardaba muy bien de criticarlas. Esta conducta y sus modales nobles sin ser despóticos, le ganaron el aprecio y la confianza de todos, mucho mas cuando él era el que solicitaba cualquier favor que hubiese que pedir al soberano, y aun el que intercedia con él, cuando estaba airado con alguno de sus súbditos.

Astiages cada vez mas prendado de la viveza de su nieto y de la agudeza de sus respuestas, quiso fijarle definitivamente á su lado, y para deslumbrarle con el atractivo de la córte, no omitia medio, ni fiesta de ninguna especie. Un dia en que se hallaba dispuesto un suntuoso convite, Ciro miraba con la mayor indiferencia aquella variedad de manjares, tan notables por su delicadeza como por su cantidad, por lo que maravillado Astiages le preguntó la causa.

—Los persas, contestó Ciro, en lugar de tantos preparativos y tantos rodeos para aplacar el hambre, consiguen mas pronto este objeto con un frugal alimento sazonado por un buen apetito.

El abuelo entonces le dijo que por lo menos dispusiese á su gusto de todos aquellos manjares que miraba con tanta indiferencia, y él los fué distribuyendo á todos los empleados y oficiales de palacio que se hallaban presentes, distinguiendo á los mas dignos, y esceptuando únicamente al copero del rey, al que hizo el solemne desaire de dejarle con las manos vacías. Admirado Astiages esclamó:

—¿Así tratas á Sachas, mi buen copero, que me sirve con tanta destreza?

—Si no tiene mas habilidad que esa, contestó Ciro, yo soy capaz de hacerlo mejor que él.

Como se dudase de la verdad de estas palabras, Ciro se levantó con gravedad, se echó la servilleta al hombro y cogiendo delicadamente la copa con solos tres dedos, se adelantó gravemente hácia el monarca y le presentó la copa con todo el ceremonial de costumbre.

—Perfectamente, amigo mio, esclamó Astiages: no se puede hacer mejor; pero veo que has olvidado un requisito esencial; la ceremonia de la prueba.

Acostumbraba efectivamente el copero antes de servir al monarca, verter algunas gotas del licor en la palma de su mano izquierda y probarlas.

—No me he olvidado de la ceremonia, replicó Ciro, sino que no he querido hacerla.

—¿Pues y por qué?

—Por miedo de que ese licor tuviese veneno.

—¡Veneno! ¿Cómo sospechas semejante cosa?

—Porque en el último convite que disteis á los señores de la córte, apenas se bebió un poco de este licor, á todos se les trastornó la cabeza. Unos hablaban sin saber lo que se decian, otros cantaban y otros no podian tenerse. En fin, ellos habian olvidado que eran vuestros súbditos, y vos que erais el rey.

—¿Pues qué no sucede lo mismo en casa de tu padre?

—Nunca, jamás: allí lo que sucede es que despues que se ha bebido, ya nadie tiene sed.

MECIO.

Los hijos de un anteojero de Milddelbourg, en Holanda, hallábanse en la tienda donde trabajaba su padre, el que para que estuviesen entretenidos y no le distrajesen en su ocupacion, les habia dado algunos vidrios de varias formas y tamaños con los que jugasen. Un grito de sorpresa y alegría que dió uno de los niños, llamó la atencion del padre, y ya iba á preguntarle el motivo, cuando oyó que el muchacho decia á su hermanito:

—¿Ves la torre de la catedral que se distingue allá abajo, al fin de la calle?

—Si que la veo.

—Pues ahora la vas á ver aquí á la puerta de casa.

Y diciendo y haciendo, colocó delante de los ojos de su hermano dos vidrios, acercándolos gradualmente para acortar la distancia, hasta que el muchacho esclamó:

—¡Ah!.... si: ahora sí que la veo. Papá venga vd., verá vd. que bonito!

Acercóse el padre, á quien habia llamado mucho la atencion esta escena de los niños, y vió que su hijo ponia delante del ojo un vidrio cóncavo ó ahuecado, y luego á cierta distancia el convexo, que aproximaba ó acercaba con la mano hasta encontrar la visual. Tomó el padre los vidrios, los colocó del mismo modo y no habia duda, aumentaban y atraían poderosamente los objetos. La torre de la iglesia, que tan lejana y confusa parecia á simple vista, se presentaba al través de los vidrios, mucho mayor y mas cerca, y con claridad tal, que hacia perceptibles hasta los menores detalles de arquitectura. Desde luego conoció el padre la importancia de este descubrimiento, y la satisfaccion que por ello tuvo fué mayor, porque era debido á uno de sus hijos. Y como los descubrimientos se van mejorando progresivamente, de aquí provino que el padre discurrió el fijar los cristales de aumento en unos tubos movibles, que engastados uno dentro de otro, se pudiesen llevar en el bolsillo, resultando de aquí los anteojos llamados de *larga vista*. Todavía estos ensayos hechos en 1607 estaban muy lejos de acercarse á la perfeccion que hoy dia tienen esta clase de anteojos, despues que

han sido perfeccionados por Kepler y otros físicos.

Ademas delos anteojos comunes, cuyos vidrios tienen el grado de convexidad que requiere el estado de la vista del que los ha de usar, y ademas de los anteojos de larga vista cuyo orígen se acaba de referir, hay todavía:

El *anteojo de noche*, inventado por losingleses para descubrir de noche las embarcaciones que se acercan á la costa. En este anteojo los objetos se pintan al revés.

El *anteojo de rio* para sondear y examinar el fondo de los rios. Este anteojo es un tubo muy largo y de figura cónica, cerrado porcristales, siendo la parte mas ancha la que se ha de sumergir debajo del agua.

Pero la mas importante aplicacion del descubrimiento del hijo de Jacobo Mecio, ha sido la invencion del *telescópio*, cuya poderosa fuerza hace que nos sean perceptibles astros situados á una distancia prodigiosa, y que la simple vista eraincapaz de distinguir.

Ese poder mágico que atrae los objetos, fué descubierto por un niño, y el que la Providencia habia destinado para encontrarle, fué el hijo del anteojero Jacobo Mecio.

AMYOT.

En el año de 1524, y cuando los primeros frios del invierno empezaban á sentirse, se verificaba una escena interesante en el pueblo de Melun. Un niño de once á doce años de edad, sin temer los crudos rigores de la estacion que amenazaba, se despidió de sus afligidos padres, para emprender valerosamente el camino desde Melun á París.

—Si, les decia, ya que vds. son bastante pobres para poder costear mi educacion, ya que á duras penas pueden atender á su preciso sustento, yo quiero ir á París, para instruirme, para ser hombre de provecho, y para ganar dinero con que proporcionarles á vds. algun descanso en su vejez.

Le engañaba el corazon al pobre niño: apenas se alejó de casa de sus padres, apenas se le concluyeron las provisiones que estos le habian dado, no encontró proteccion ni abrigo en ninguna parte. Estenuado de hambre y de fatiga y habiéndole pillado la noche fuera de poblado, un traspies que dió en el borde de un barranco le hizo rodar al fondo, donde por algun tiempo estuvo sin conocimiento.

Quiso su buena suerte que sus gemidos llegasen á oidos de un compasivo viagero, que paró su caballo al borde del barranco, y no pudiendo distinguir por la oscuridad de la noche quien era el que se

lamentaba, se apeó y al fin encontró al niño desmayado, al que hizo volver en sí, apenas le arropó con su capa, pues estaba yerto de frio. Entonces le contó toda su historia y el motivo porque habia salido de casa de sus padres, lo que causó al viagero tanta compasion, que colocando al niño como mejor pudo sobre el arzon delantero de la silla de su caballo, no paró hasta llegar á la mas próxima posada, donde dispuso se diesen á la tierna criatura todos los ausilios que necesitaba.

Al dia siguiente muy de mañanita, como que el viagero desconocido tenia que continuar su camino se despidió del niño; le dió algun dinero y por último le entregó una carta, diciendo:

—En cuanto llegues á París, pregunta por el colegio del cardenal Lemoine y entrega esta carta de recomendacion al regente de dicho colegio: es íntimo amigo mio y creo que no te abandonará.

El niño lleno de alegría, dió gracias á su protector con lágrimas en los ojos, y se puso prontamente en camino para París, donde presentándose en el colegio indicado, y manifestando la carta de que era portador, fué recibido al instante; pero no en clase de discípulo, sino en la de criado.

Pero esto nada importa: acostumbrado ya á una vida de privaciones, sabrá soportar las que la condicion de sirviente lleva consigo, y en cuanto á la aplicacion constante é infatigable perseverancia del niño, júzguese cuál seria por los hechos siguientes. En todos los momentos que se lo permitian sus faenas domésticas, corria á situarse á la entrada de las clases, y cuando no podia otra cosa, aplicaba

el oido á la cerradura de la puerta, para no perder una palabra de las esplicaciones del profesor, y despues meditaba á sus solas sobre lo que habia oido, procurando retener en su memoria el sentido de las lecciones. No se parecia en esto á otros muchos niños, que lejos de aprender y de instruirse por sí solos y sin maestros, nada adelantan ni aun con los buenos maestros y los muchos recursos que tienen. El niño de que vamos tratando tenia que estudiar en los libros que pedia prestados, y tenia que hacerlo á la claridad de la luna, desvelado en su caramanchon, cuando ya todos estaban durmiendo en el colegio.

Tanta constancia tuvo al fin su recompensa, y Jacobo Amyot, que este era el nombre del niño, pudo presentarse en exámenes públicos, recibir el grado de licenciado en letras, obtener una cátedra en la universidad de Bourges, ser nombrado preceptor de los hijos de Enrique II, gran limosnero, obispo de Auxerre y comendador de la órden del Espíritu Santo. Estas dignidades y las muchas obras que publicó, aumentaron su reputacion y le proporcionaron ser uno de los hombres mas ricos de la época, pues al morir en 6 de febrero de 1593, dejó 200,000 escudos, suma enorme para aquel tiempo.

LOS RETRATOS.

Las ilusiones fantásticas de la fantasmagoría debian sorprender mucho á los niños, ya por sí amantes de lo maravilloso, y acostumbrados á oir con gusto cuentos de magos y encantadoras. Por esta causa se trató de proporcionar á una pequeña tertulia una diversion de esta especie, y el encargado de la maquinaria tuvo buen cuidado de ocultar á los niños todos los instrumentos y preparativos, empezando á rodearse de aquel prestigio que favorece la ilusion. Así cuando los niños entraron en la pieza preparada para el espectáculo, solo vieron colgada del techo é interpuesta entre ellos y el maquinista, una gran pieza de tela blanca tan estirada cual si estuviese en un bastidor.

Luego que se colocaron y apagaron la luz, se convencieron de que aquella tela era en estremo trasparente, y en ella se habian de pintar las imágenes de brillantes colores: pero entonces ocurrió lo siguiente.

Los niños no pudieron ver sin estremecerse el primer mascaron que presentó la fantasmagoría, creciendo hasta adquirir tan colosales dimensiones. Despues cuando le vieron venirse encima de ellos, no pudieron ocultar su miedo, y allí hubo gritos y levantarse de las sillas y refugiarse al regazo de

las madres. Produjo esto una singular agitacion que hizo suspender la fiesta, hasta que aquietados los espíritus y familiarizados los niños con lo mismo que les causaba terror, se pudo continuar la representacion.

¡Atencion! decia una voz, y de improviso en el seno de la mas profunda oscuridad, veian lucir un disco blanco que creciendo y ensanchándose poco á poco, les representaba sobre el inmóvil y trasparente lienzo los mas grotescos grupos, que desaparecian con la misma ligereza que se presentaban.

El sol y la luna sobre el despejado y azul firmamento.

Las ágiles y esbeltas bailarinas del Circo.

Las carreras de caballos con intrépidos ginetes.

Trages de varios habitantes de la tierra.

Combate personal entre dos campeones.

Escenas de la vida de los niños, y muy particularmente las tan conocidas aventuras de Pablo y Virginia.

Despues, y este parecia ser el principal objeto de aquella diversion, se fueron presentando los retratos de Alejandro Magno, de Eneas, de Cornelio Scipion, de Scipion Africano, de Cimona, de Cleobe y Bion, y de otros varios niños y niñas que se habian grangeado reputacion histórica por su entrañable cariño á sus padres.

La vista de aquellos retratos con toda la vivacidad de facciones y colorido, creciendo lenta y progresivamente desde las mas diminutas dimensiones, fué cosa que admiró y divirtió mucho á los niños.

Este efecto de óptica, que consiste en ver so—



bre una pared ó lienzo blanco, con un aumento sucesivo y considerable, las figuras pintadas en pequeño en cristales trasparentes, es cosa que vemos, todos los dias representada en el movimiento de nuestra misma sombra cuando nos paseamos á la claridad del sol ó de la luna. A nadie se le ocurriria hoy el tener por hechiceros á los que presentan este mismo efecto perfeccionado en la linterna mágica y la fantasmagoría; pero no es de admirar que los niños se sorprendiesen, cuando hubo un tiempo en que el pueblo ignorante creyó en la mágia al presenciar estos juegos. El monge Rogerio Bacon por haber dado alguna idea de ellos hace mas de quinientos años, fué denunciado por mago al papa Clemente IV, teniendo la felicidad de que el ilustrado pontífice, conocedor de la ciencia, le protegiese lejos de castigarle. Ni aun personas de mas elevada categoría han podido libertarse de esta preocupacion, pues habiendo un matemático por medio de la fantasmagoría presentado al emperador Rodolfo, elegido rey de romanos, los retratos de los emperadores desde Julio Cesar, se creyó que en aquello intervenia la mágia.

Los niños cuya imaginacion es tan amante de lo maravilloso, presenciaron con grande satisfaccion este espectáculo; pero uno de ellos ya recobrado del susto que le hicieron pasar los espectros, determinó ver qué maña tenia el maquinista para hacer el hechicero, y para esto aprovechándose de la oscuridad de la pieza, se escurrió bonitamente hasta el suelo. Despues levantando con cuidado la tela colgada en que se representaban las figuras, me-

tió la cabeza por debajo, y así agazapadito estuvo contemplando muy á su sabor el juego de la maquinaria, hasta que descubierto por el maquinista, tuvo que retirar la cabeza mas que á paso.

Sea por esta causa, sea porque tratase de disipar el falso prestigio que la aparicion de seres sobrenaturales pudiera haber causado en los niños, sea mas bien por el deseo de instruirlos, lo cierto es que acabada la representacion quiso poner á todos de manifiesto el mecanismo de la fantasmagoría.

—Vosotros, les dijo, que ya habeis visto la *linterna mágica*, podeis decir que tambien habeis visto la fantasmagoría; la única diferencia está en la ilusion que nos hace creer que un objeto vá adelantándose hácia nosotros á medida que crece en todas sus partes. Ahora vereis como esta ilusion se produce. Los cristales de aumento que se ponen delante de la luz de la linterna, están engastados en un tubo móvil como el de los anteojos de larga vista, y así se puede acercar ó separar como se quiere el lente esterior, del otro cristal en que están pintados los objetos. Ademas, la linterna está montada sobre esta especie de carrito cuyas ruedas están abajo encajadas en sus correspondientes carriles, para que el objeto no se desvíe del punto donde se ha de presentar, ni tenga mas movimiento que el que le resulte del de la máquina. Los carriles están forrados de paño para que no suenen las ruedas, y los que están afuera adivinen por el ruido parte de este curioso mecanismo.

Para convencerlos mas, unió la demostracion á la teoría, y volvió delante de ellos á pasar algunas

figuras, que vieron aumentarse y reproducirse por la parte interior del lienzo, conforme las habian visto por fuera.

En esta segunda esposicion de cuadros, pasaron sucesivamente por delante de los niños los retratos de

PICO MIRANDULANO ó sea Juan Pico, conde de la Mirandula, prodigio admirable de ingenio y de memoria, puesto que sabia veinte y dos diversos idiomas antes de cumplir los diez y ocho años, y ofreció sostener en Roma á los veinte y cuatro años, conclusiones de omni scibili (de todo cuanto hay que saber.)

CIMON, ateniense y esclarecido capitan, que en los primeros años de su vida se encarceló voluntariamente para que saliese libre su padre que gemia en las prisiones.

LAGRANGE, á quien la pasion al estudio le hizo superar los obstáculos de la pobreza en que nació. Para ser puntual á las horas y viviendo lejos del colegio, pasaba el intérvalo de la clase de la mañana á la de la tarde, bajo el pórtico de alguna iglesia, estudiando con ardor y sin comer mas que un pedazo de pan, hasta que su profesor, informado de lo que pasaba, le obtuvo una pension con la que acabó sus estudios.

ESTANISLAO LECKZINSKI, príncipe de tan endeble constitucion en sus primeros años, que su padre para robustecerle y para que descansase de las fatigas intelectuales á que se dedicaba con ardor, solo le prescribia trabajos corporales, habituándole á resistir el frio y el calor. Así se robusteció en tér-

minos no solo de resistir la intempérie, sino tambien el hambre y la sed, y de dormir en un gergon, sin que esto perjudicase á el vigor de su inteligencia, haciendo á la vez notables adelantos en las matemáticas, latin, italiano y francés.

Uzanam, que á los diez años de edad ya se pasaba las noches enteras en el jardin de su padre entregado al estudio de la astronomía, en la que tanto habia de sobresalir, pues á los quince años ya publicó sobre ella una obra notable.

Terminóse esta segunda esposicion con nuevas esplicaciones acerca de las causas y efectos de la fantasmagoría, y á los niños se les dijo tambien, como habia varios medios ingeniosos de aumentar la ilusion fatasmagórica por medio de la música y aun de los diálogos con que ocultas y misteriosas voces acompañaban las representaciones. Mas sorprendentes aun eran las figuras de movimiento en la tela, las que aparecian de improviso aisladas en medio de la sala del espectáculo, y las que vagaban por toda ella desapareciendo tambien de improviso.

Un braserillo colocado en medio de la sala, servia para levantar una columna de humo denso. Reflejándose en este humo, especialmente preparado, los rayos luminosos de la linterna, presentaban aislada y flotante la imágen del cristal y reducida por consiguiente á grandes dimensiones. En cuanto á la figura giratoria que vagaba por la sala, era independiente de la linterna, y consistia en un hueco maniquí de tela trasparente como la que sirve para los globos. Dentro de esta figura se introducia una luz, dispuesta de manera que se pudiese apa-

gar cuando se quisiese, tirando de un hilo ó de un resorte, y así se hacia desaparecer la figura cuando alguno queria tocarla.

De estos medios y otros semejantes se han servido los pretendidos nigrománticos para evocar sus espíritus y sus apariciones, alucinando á los crédulos y supersticiosos. Hoy dia que los progresos de las ciencias físicas han patentizado el natural fundamento de estos misterios, conviene tambien revelarlos á los niños, antes que en su temprana edad les inspiren fanáticos terrores é ideas tan falsas como perniciosas.

BELTRAN DU GUESCLIN.

El célebre guerrero y condestable de Francia, Beltran du Guesclin, estuvo muy lejos en los primeros años de su vida de dar indicios de la sabiduría, valor y grandeza de alma que le habian de distinguir en lo sucesivo. Sus inclinaciones naturales eran tan perversas, que no solo inquietaba y maltrataba á los otros niños de su edad, que siempre huian al verle, sino que tenia aterrados á sus mismos hermanos, en lugar de protegerlos como e primogénito de todos. Tenia talento para aprender, pero le faltaba la voluntad, por lo que su profesor, viendo que perdia el tiempo y el trabajo, hubo de abandonarle y así llegó á una edad muy crecida

sin conocer siquiera las primeras letras. Agregábase, por último, la natural fealdad de Beltran y el desaliño de su trage, así es que todos evitaban su compañía.

Hasta sus padres, apesar de que los padres son siempre los últimos á reconocer las faltas de sus hijos, no podian menos de lamentarse del incorregible carácter de Beltran. Su madre no hacia mas que llorar, pesarosa de haber dado á luz un ente semejante, y su padre que era un valiente y leal caballero, solia decir con frecuencia:

—He aquí un muchacho que hará poco honor al nombre que heredó de sus mayores. Si ha de mancillar el nombre de sus padres, como sus malas disposiciones prometen, mas valiera que se hubiese muerto al nacer.

Sin embargo, no fué así, y el cambio que hubo en la conducta de Beltran manifiesta cual es el poderío de una voluntad enérgica, así que ha resuelto corregir sus defectos y cambiar el carácter.

Un dia en que á consecuencia de la mala conducta del niño, le estaba su madre reprendiendo ásperamente, llegó de improviso al castillo una buena religiosa de las inmediaciones, llamada la hermana Marta, en la que por su talento y su piedad tenia depositada toda su confianza la madre de Beltran. Hallábase éste medio escondido en un rincon de resultas de la escena que acababa de pasar, y la hermana que no le habia visto hasta entonces, pues cuando llegaba gente tenian cuidado de llevarse á Beltran antes que hiciese alguna de las suyas, le llamó, le hizo algunas caricias y preguntó:

—¿Qué muchacho es este al que yo no he visto hasta ahora?

—¡Ah! señora, es mi hijo; mi hijo primogénito, contestó casi ruborizada la dama de Guesclin.

—¡Sin duda que será muchacho de provecho! Así á lo menos lo revela la interesante espresion de su fisonomía.

—¡Pluguiera al cielo que así fuese! esclamó la desconsolada madre, pero sucede precisamente todo lo contrario: no tiene aficion mas que á hacer daño, y tarde ó temprano ha de deshonrar á la familia.

—De ningun modo, replicó la hermana Marta, si ahora no es muchacho de provecho, lo será en lo sucesivo. Es un poquito feo, es verdad, pero la belleza de su carácter hará olvidar la fealdad de su rostro. Hay en la fisonomía de este niño una espresion que revela á no dudar que será algun dia hombre ilustre y uno de los mas célebres capitanes de este siglo.

Las palabras de la buena religiosa hicieron tanta impresion en Beltran, que desde aquel mismo momento escuchó con docilidad las reprensiones así de ella como de su madre, y empezó á dar muestras de la mudanza completa que iba á verificarse en su carácter. Ya no era aquel niño indócil y testarudo que armaba quimera con todo el mundo, ni tampoco aquel muchacho desaliñado y brutal que mas parecia un pillo que el hijo de un caballero; era por el contrario un niño atento, dócil, que procuraba aprender y manifestaba deseos de hacer olvidar á sus padres las pesadumbres que

les habia causado. El señor de Guesclin, que se hallaba ausente del castillo, se quedó tan sorprendido como gozoso á su regreso por la novedad que en él hallaba. Con grande alegría de su corazon se encargó él mismo de instruir á su hijo en la equitacion, en el manejo de la lanza y la espada y en todos los egercicios en que entonces se adiestraba un noble caballero, quedando bien pagado de su trabajo al ver la asombrosa facilidad con que su hijo adelantaba.

—Ya mi hijo, esclamaba, merece todo mi cariño. Ya se manifiesta digno de su nombre.

En cuanto á la madre, no cabia en sí de gozo, y no dejaba de dar gracias á Dios por tan feliz trasformacion, y como un dia no pudiese menos de manifestar á su hijo el asombro que esto le causaba, Beltran respondió con una sabiduría superior á sus años.

—El fruto que nunca madura, nunca vale nada; pero el que madura aunque tarde siempre es bueno.

Así es como el niño Beltran du Guesclin supo corregir sus defectos y adquirir aquel renombre que le ha perpetuado en la historia.

AMPHÍNOME.

En ciertas ocasiones, por dicha no muy frecuentes, la superficie de la tierra se conmueve y con repentino y brusco sacudimiento hace que se desplomen altas montañas, se abran profundas cavidades, se retiren ó avancen las aguas de los mares: si esto sucede con las obras de la naturaleza, con mayor razon perecerán las deleznables de la industria humana. Un solo minuto basta para echar por tierra edificios y ciudades enteras, como se vió en el terremoto de Lisboa en 1755, en el de la Martinica y en el de Orihuela. Se atribuyen los terremotos á los fuegos subterráneos que contiene el globo terrestre, cuyos gases queriendo romper la cubierta que los comprime, escapan al fin por alguna de las cavidades de la tierra, conmoviendo cuanto encuentran hasta salir á la superficie

Catana, ciudad de la Sicilia, fué en los tiempos antiguos arruinada por uno de esos violentos terremotos que acompañan á las erupciones de los fuegos subterráneos del Etna. El dia que sucedió tan horrible catástrofe, todos los habitantes despavoridos procuraban salvarse de las ruinas y el incendio, llevando consigo sus riquezas ó á lo menos los objetos mas preciosos. Dos hermanos hubo allí que no quisieron salvar mas tesoros que sus padres,

ancianos y sin fuerzas para librase por sí mismos del peligro. El varon tomó á su padre sobre los hombros y lo mismo hizo su hermana con la madre, atravesando con fuerza sobrenatural por entre las llamas que parece respetaban su preciosa carga, y llegando por fin á ponerla en salvo. Aun se conserva en Catana memoria de este suceso celebrado por los poetas antiguos, y en memoria del cual se levantaron estátuas. El nombre del mancebo no ha llegado hasta nosotros, pero el de su hermana se ha transmitido de generacion en generacion y consta que se llamaba *Amphínome.*

ENEAS.

Cuando el fuego, elemento terrible y devastador invade las casas y aun las poblaciones, adquiriendo cada vez mas fuerza y violencia, es una de las mas irremediables calamidades que pueden afligir á la humanidad. Crece, se dilata, y reduciendo á cenizas el edificio donde tuvo orígen, invade los inmediatos, y aumentando su furor por momentos, las llamas suben hasta las nubes con un ruido como el de un torrente que inunda una campiña, el viento las alimenta y las empuja donde mas se ceben y el cielo todo presenta el reflejo sombrío de un volcan. La resistencia es inútil, todo un pueblo huye aterrado por las calles y plazas públicas, po—

blando el aire con gritos de terror y desesperacion. Los edificios mejor construidos se desploman, y cuando el fuego al fin no encuentra donde saciarse, solo quedan á la vista escombros calcinados, cenizas humeantes, plomo derretido, la ruina y la desolacion por todas partes.

Tan espantosos pormenores de un incendio se vieron reproducidos con toda su fuerza en la noche cruel de la destruccion de Troya. Histórica se ha hecho aquella calamidad que redujo á cenizas una ciudad entera, sin que nadie hiciese esfuerzos para remediarla. Ni aun las vidas de sus conciudadanos escitaban el interés de aquellos habitantes que huian llenos de consternacion; y en medio de tal abandono, yacía solo en su lecho y en una habitacion rodeada de las llamas un anciano, enfermo, sin fuerzas para huir ni para reclamar ausilio. Un intrépido jóven sin embargo, se vé atravesar por el pórtico inundado de llamas y desaparecer entre las ruinas. Parece que vá á una muerte cierta, sin embargo, á poco aparece entre las llamas y el humo, trayendo sobre sus espaldas á aquel anciano, desvalido, casi moribundo. Era éste *Anquises*, salvado por su hijo *Eneas,* que mereció desde entonces el renombre de piadoso.

ENRIQUE IV.

Enrique IV, monarca con cuyo recuerdo tanto se envanecen los franceses, no pasó los primeros años de su vida disfrutando las comodidades de un régio palacio, sino corriendo por las montañas del Bearne con los pies descalzos y la cabeza descubierta. Así lo habia dispuesto su padre Enrique de Albert, que tenia ideas especiales en materia de educacion, y que deseaba que su hijo adquiriese en la soledad y en la contemplacion de la naturaleza, aquella rectitud de juicio y aquella franqueza de modales que son desconocidas en las córtes de los príncipes.

Enrique fué educado como un simple caballero y con arreglo á las sencillas costumbres de las soledades del Bigorre, donde estaba situado el castillo de Coroaze, mansion del jóven príncipe. A la edad de ocho años fué llevado á la córte, donde la agudeza y la naturalidad de sus respuestas causaron la admiracion de todos y muy particularmente de Enrique II. Como no sabia mas que el idioma del Bearne, tuvo que asistir dos años al colegio de Navarra para adquirir los elementos de las lenguas francesa y latina, sin que las fórmulas escolásticas le hiciesen perder aquella originalidad y aquella lógica natural que habia traido de las montañas. Ape-



ENRIQUE IV.

nas murió su padre, ya tuvo que tomar una parte muy activa en los sucesos de la época este niño, que por su nacimiento, sus circunstancias personales y el influjo de Juana de Albret, habia de ser el gefe del partido protestante, despues de la muerte del príncipe de Condé y hasta su conversion al catolicismo, seguida de la paz de la Francia. En fin, Enrique IV antes de los diez y seis años, ya asistió á la batalla de Moncontour, y es sabido que ya se permitió de antemano criticar las disposiciones que tomaron los gefes mas esperimentados de su partido; pero que de todos modos ocasionaron la pérdida de la batalla.

MARGARITA DE ORTEZ.

TRADUCCION

Margarita de Ortez, hija del gobernador de Bayona por S. M. Cárlos IX, era una niña: una señorita llena de perfecciones y de gracias. Sus padres la idolatraban y no tenian mas gusto que mirar á su Margarita, inocente criatura que crecia como una flor al sol de Mediodia sin ser molestada por el aire maléfico que se respira en la córte del Louvre.

El único defecto de que se pudiera acusar á Margarita, era mas bien una de las gracias de su

candor, era cierta costumbre de pensar en alta voz y decirse á sí misma sus reflexiones: esta inocente costumbre fué causa de una desgracia mayor que la que hubiera podido combinar la mas criminal astucia.

Un dia que estaba junto á su padre, éste recibió dos cartas con dos sellos, uno del rey y otro de la reina madre. Al leer esta carta que era muy larga, Margarita notó que su padre se quedaba pálido y se interrumpia como sino tuviese fuerza para continuar. Su preocupacion era tal, que no respondió á las preguntas de sumo interés que le hacia su hija. Cuando hubo concluido, salió para informarse del correo que habia traido la carta y en su turbacion se la dejó sobre la mesa.

Margarita al quedarse sola, se estremeció al mirar aquella carta que iba á caerse con el peso de los sellos. Se adelantó para evitar su caida, mas al tiempo de cogerla, sintió un irresistible deseo de saber su contenido. Este pensamiento era malo sin duda alguna y no tenia disculpa, mas entonces no era sugerido por una curiosidad femenil, sino por un sentimiento de inquietud y de amor, y tal vez de ira contra aquel fatal secreto que causaba á su padre tanto dolor, sin que su hija pudiese participar de él y consolarle.

Así, pidiendo perdon á Dios de la falta que cometia, Margarita se puso á leer alguna cosa, bien terrible á la verdad, porque el espanto se retrataba en su semblante y sus ojos desencajados. La pobre niña que no sabia fingir, desesperando de ocultar su agitacion, huyó de aquel aposento y bajó

corriendo á la entrada del parque que rodeaba el castillo, y allí se dejó caer sobre el césped.

Antes de proseguir, es preciso decir algunas palabras sobre el estado de las provincias en aquella época.

Era á principios de setiembre de 1572. La noticia del terrible degüello de los hugonotes verificado en París pocos dias antes, empezaba á esparcirse por toda la Francia, llevando consigo el espanto. Sin embargo, la tranquilidad no se turbó en parte ninguna, porque reinaba la inercia que precede siempre á las grandes catástrofes, como la calma absoluta de la naturaleza que es inevitable precursora de la tempestad. De un momento á otro se esperaba llegase la órden del degüello á cada poblacion, y nadie pensaba en sustraerse al golpe fatal que le amenazaba. Los de la religion reformada eran casi todos hombres que habian sacado la espada y derramado su sangre en defensa de su creencia, pero en aquella ocasion esperaban la muerte con la espada envainada y se preparaban al martirio. Su número era tan grande en toda la Francia y principalmente en el Mediodía, que habia pocas familias donde la religion reformada no tuviese algun prosélito. El mismo hermano del vizconde de Ortez era calvinista, pero la diferencia de religion no impedia que los dos hermanos se amasen y viviesen juntos en Bayona.

Ahora bien, lo que Margarita habia leido, era una órden del rey para degollar á todos los protestantes de Bayona, sin escepcion alguna, y he aquí de donde provenia la angustia de Margarita. Su

padre obedeciendo tal órden ¿tendria valor para entregar su propio hermano al verdugo. ¿No debia ella, puesto que lo sabia, avisar á su tio y evitar un crímen? Por que efectivamente lo era, aunque el rey lo mandase. ¿No seria agravar la falta que habia cometido? Y salvar á su tio ¿no seria comprometer la vida de su padre?

Margarita conocia que su razon se ofuscaba con estas imágenes de sangre y desolacion, luchaba interiormente, elevaba al cielo su voz interrumpida por los gemidos é imploraba el ausilio de Dios. Entonces sintió ruido en las matas que habia á su espalda, como si alguna persona estuviese allí, y volviendo la cabeza, notó que las hojas aun se estaban moviendo.

En fin, Margarita tomó una séria resolucion y subió donde estaba su padre. Estaba acabando de dictar una carta á su secretario y la despidió, mas al ver su consternacion la hizo una pregunta señalándole la carta fatal. Margarita se arrojó en sus brazos y se lo declaró todo, pronunciando el nombre de su tio. «Entonces es preciso que leas tambien la respuesta,» dijo el vizconde muy satisfecho, entregándole la carta escrita por el secretario.

Margarita leyó: «Señor, he comunicado las órdenes de vuestra magestad á los fieles habitantes y gentes de la guarnicion. No he encontrado mas que buenos ciudadanos y valientes soldados, mas no verdugos; por esta razon, ellos y yo suplicamos humildemente á vuestra magestad que emplee nuestros brazos y nuestras vidas en cosas posibles, por

arriesgadas que sean, que en ello perderemos hasta la última gota de nuestra sangre.»

El vizconde de Ortez firmó y Margarita esclamó:—«Ya está salvo mi tio;» al tiempo que entraban otro billete que contenia estas solas palabras:

—«Hermano: por una casualidad que todos debemos bendecir, he sabido las órdenes que has recibido. He oido los lamentos de Margarita y me han instruido lo suficiente para que mi sangre no caiga sobre tu cabeza: me ausento, y cuando leas esta carta, ya estaré cerca de Dax. Adios, hermano, solo siento no abrazaros á todos antes de mi partida.»

—Desgraciada, tú le das la muerte, esclamó el vizconde: ya ha empezado el degüello por todas partes..... puede que aun sea tiempo. Al decir esto salió del aposento gritando con voz de trueno:



—«A caballo, á caballo todos los mios; salid al camino de Dax, traedme á mi hermano.

Mas no pudieron alcanzarle, y cuando los cria-

dos del vizconde llegaron á Dax, solo hallaron el cadáver del hermano del vizconde.

SAN VICENTE DE PAUL.

—Mucho tarda hoy en venir nuestro hijo Vicente.

—No hay que estrañarlo, estará rezando delante de alguna imágen, ó parándose conforme acostumbra, delante de todas las cruces del camino.

—¿Y bien, qué mal hay en eso?

—Ninguno, pero primero es la obligacion que la devocion. Ya sabes que no es la primera vez que ha dejado perder alguna de las ovejas del rebaño por distraerse de esa manera.

Se tenia esta conversacion entre un pobre aldeano de la mezquina aldea de Pouy, cerca de los Pirineos, y la esposa de dicho aldeano, pobre muger á la que daba bastante en que entender, además de las faenas domésticas, el cuidado de otros cinco hijos pequeñitos que no podian acompañar al campo á su hermano Vicente.

Llegó al fin éste de vuelta del campo, y despues de haber encerrado el rebaño en el establo, se presentó delante de su padre con tal aire de temor, que no pudo menos de acrecentar las sospechas que éste tenia.

—¿Qué ha sucedido, le dijo, cómo es que llegas mas tarde de lo regular?

—Porque me he detenido un poco con Cadet, ese otro niño que tambien vá á guardar las ovejas.

—Supongo que estas vendrán completas.

—No señor, respondió Vicente despues de titubear algun momento.

—¡Cómo que no! ¿Con que es decir que has dejado que el lobo agarre alguna de ellas?

—No señor, pero Cadet ha perdido la mejor oveja de su rebaño y yo, compadecido al verle llorar, le he entregado una de las de casa, para que su amo no le maltrate ,pues dicen que es capaz de matar al pobre muchacho.

—Yo si que soy capaz de molerte á palos, esclamó el padre lleno de cólera y cogiendo una vara. Bribon, yo te enseñaré á disponer de lo que no es tuyo.

La madre de Vicente se puso de por medio para aplacar á su marido, queera muy capazde haber sacudido al niño, en tanto que éste puesto de rodillas, decia con la mayor humildad.

—Padre, castígueme vd. si lo merezco, que yo á todo vengo resuelto para librar á mi buen compañero; pero sepa vd. que no perderá la oveja.

—¿Cómo que no, despues que ya se la has dado al otro?

—No se la hubiera dado si no estuviese seguro de ganar bien pronto para comprar otra tan buena ó mejor.

Viendo la sorpresa que á sus padres causaba

esta revelacion, les dijo como le habian propuesto que entrase en calidad de sirviente en el inmediato convento de frailes franciscos de Acgs; y era que los religiosos, conociendo el mérito y piadosos sentimientos del niño, y las grandes esperanzas que en él se podian fundar para lo sucesivo, querian atraerle al convento con algun aliciente para que entrando de novicio, fuese algun dia uno de los principales ornamentos de la comunidad.

Efectivamente, este niño llamado *Vicente de Paul*, entró á los diez años de su edad y con beneplácito de sus padres en el referido convento, y de los diversos acontecimientos de su vida solo nos conviene notar, que el que á los diez años ya se distinguió por aquella ardiente caridad que no repara en temores ni en obstáculos, fué despues el que fundó en Francia la congregacion de las misiones y la de hermanas de la Caridad, el que decidió la fundacion del hospital de la Salpetriere y del hospicio del nombre de Jesus, el consolador perpétuo de presos y cautivos, de los enfermos y los pobres y sobre todo, el padre de los desgraciados *niños expósitos.*

BOYELDIEU.

Los barrenderos del teatro de Ruen se hallaban una mañana ocupados en su ordinaria faena de barrer el teatro y limpiar el polvo de las banque-

tas, cuando uno de ellos suspendiendo el meneo de la escoba, dijo al otro.

—Me parece que he sentido bullir alguna cosa debajo de los asientos.

—¡Bah! contestó el compañero, serán los ratones que no faltan por aquí.

Continuaron su maniobra; pero al llegar á la última banqueta, la escoba de uno de ellos tropezó en un obstáculo que le hizo esclamar.

—¡Calla, aquí hay alguna cosa!

—A la parte me llamo, dijo acercándose el otro barrendero.

—Mira, mira.... ¡es un muchacho!

Y al decir estas palabras, sacó medio arrastrando á un niño como de doce años de edad y decentemente vestido, pero pálido y temblando de miedo.

—Por Dios, no me hagan vds. daño, esclamó el niño juntando sus manitas.

—Qué haces aquí, buena pieza, le preguntaron los hombres.

—Estaba esperando que se empezase la comedia.

—¡Temprano! y son ahora las nueve de la mañana. Pero á todo esto ¿Cómo has entrado aquí?

—No he tenido que entrar, pues mequedé anoche sin salir, así que se acabó la funcion.

—Y has pasado toda la noche en este sitio?

—Si señor, durmiendo encima de las banquetas.

—¡En la vida se ha visto una cosa por el estilo! ¿Y todo solo por ver otra vez la comedia?

Conoció el niño que no tenia mas medio para interesar en su favor á aquellos hombres, que el de referirles ingénuamente la verdad, así es que les dijo.

—Todo el dinero que mis padres me habian dado, no alcanzaba mas que para una sola entrada en el teatro; pero yo que habia formado el proyecto de ver dos veces la funcion, no he tenido mas remedio que quedarme, y aquí tengo los bolsillos llenos de pan para entretener hoy el hambre.

Este proyecto, si manifiesta por una parte la falta de reflexion de los primeros años, prueba por otra parte, cual era la aficion del niño á las representaciones teatrales, y cual el medio de que se valia para satisfacer esta aficion tan fuertemente pronunciada.

—Vamos, vamos pronto á casa de tus padres.

—¡Ah! no: déjenme vds. siquiera ver la comedia de esta noche.

—¿Y no consideras el cuidado con que estarán en tu casa? Sin duda eres tú el niño por quien anoche han venido á preguntar al teatro. ¡Vaya que has tenido una ocurrencia singular!

Hasta entonces no empezó el niño á arrepentirse de su accion, ni se le ocurrió que pudiera ser motivo de graves disgustos en casa de sus padres. Así habia sido en efecto, pero ellos olvidaron todas sus inquietudes con el gozo de volverle á ver, y su padre le encerró en un cuarto oscuro por no dejar sin castigo aquella falta, diciendo al encerrarle:

—Diviértete ahí ahora, y te aseguro que ha de pasar tiempo antes que tú vuelvas al teatro.

Este niño fué *Adriano Boyeldieu*, ese famoso compositor de música que ha ilustrado la escena con *La dama Blanca, Mi tia aurora, Joconda, Las dos noches* y otras obras de suavísima melodía. En sus últimos años gustaba de referir esta aventura de su infancia; aunque no esperimentaba la misma complacencia, al recordar la pena que habia causado á sus afligidos padres.

RIVERA.

Frente á un opulento palacio de los muchos que embellecen la ciudad de Roma, tan célebre en el mundo por sus maravillas artísticas, se hallaba un dia sentado un pobre muchacho mal vestido, que con la cartera sobre las rodillas, copiaba con la mayor atencion las hermosas pinturas al fresco que adornaban la fachada del edificio. Un cardenal que pasó en su carroza, pudo observar la estremada aplicacion de aquel muchacho, y condolido de la miseria que revelaba su trage, le llamó para hacerle algunas preguntas.

Pudo colegir por las respuestas del muchacho, que era español y natural de San Felipe de Játiva, que se llamaba José Rivera y que sin proteccion y sin recursos habia venido hasta Roma, solo por estudiar los hermosos modelos que en ella abundaban

y perfeccionarse en la pintura á la que tenia una pasion decidida.

Estas noticias no hicieron mas que escitar mas y mas la compasion del cardenal que llevó á Rivera á su casa, para mantenerle y vestirle con la misma decencia que á las demas gentes de su familia. Este cambio de fortuna contrariaba mucho los designios de Rivera; pues no le permitia seguir sus estudios artísticos con aquel fervor que su vocacion reclamaba, y por esto abandonó la casa del cardenal para recobrar su vida de trabajo y de independencia.

Habiendo llegado á Nápoles y viéndose otra vez en la miseria, fué á ofrecer sus servicios á un pintor, que no solo tenia obrador público, sino que se ocupaba mas particularmente en la restauracion y comercio de pinturas. Al verle tan jóven y estrangero, dudó el pintor de la veracidad de sus ofertas, por lo que le dijo:

—Pinta una cabeza y sabremos cual es tu habilidad.

Tomó Rivera los pinceles y ejecutó lo que le pedian con tal prontitud y maestría, que el pintor le admitió desde luego en su casa y formó de él un muy elevado concepto. Despues, cuando se convenció del gran mérito del jóven español y del brillante porvenir que le esperaba, hizo de él la mayor confianza, le manifestó cuanto poseia, y le dijo:

—¡Todo es para tí! Todo cuanto poseo es tuyo, si quieres casarte y hacer feliz á la única hija que me ha dado el cielo.

—Sin duda que tratais de burlaros de mí; con-



testó Rivera, asombrado de tan inesperadas proposiciones.

—No, te lo juro solemnemente. Si no tienes bienes, eres rico de talento, y para esposo de mi hija mas quiero á un pobre virtuoso que á un rico necio y presumido.

Este fué el principio de la fortuna de Rivera, de ese célebre pintor que obtuvo despues todas las distinciones y felicidades que el arte glorioso de la pintura puede proporcionar. Todas las academias le abrieron sus puertas, los soberanos le festejaron en sus palacios, y hasta el sumo pontífice le condecoró en el año 1644 con las insignias de la órden de Cristo.

Sus obras, de las que presentamos una muestra en la copia del cuadro de *la adoracion de los pastores*, son notables por la fuerza del claro oscuro, y están difundidas con abundancia por todos los museos de Europa. En el de Madrid pueden verse, entre otras bastante notables, *el martirio de San Bartolomé*, *la escala de Jacob*, *el Prometeo*, *la Santísima Trinidad* y la magnífica coleccion de *los doce apóstoles*.

SEDAINE

Un niño se acercó con mucha timidez á un maestro de obras que estaba dando disposiciones á los albañiles que construian uno de los principales edificios de París, y le pidió modestamente le admitiese en la obra para trabajar.

—¡Pero si tú no eres albañil! esclamó el maestro de obras. Ademas de que tú no tienes, ni edad ni fuerzas para el trabajo.

—No importa, yo aprenderé y haré todo lo posible.

—Pues mira, en mí no consiste el admitirte: ¿ves aquel caballero que está allí hablando? pues aquel es el arquitecto; aquel es á quien debes hablar, si es que has de ser admitido.

Fué el pobre niño á repetir su peticion á el arquitecto, que se quedó no menos asombrado que el aparejador, al ver un muchacho, cuya finura y cuyo trage tan poco á propósito parecian para albañil, solicitar con empeño trabajar en este oficio. Como le hiciese algunas observaciones acerca de esto, el niño contestó:

—No importa: yo deseo, yo necesito absolutamente trabajar, porque sino ya ve vd. que mi hermanito y mi madre se morirán de hambre.

—¿Pues tan apurada se halla tu pobre madre?

—¡Oh! si señor: ya hace dos ó tres dias que se nos ha acabado el dinero, y hoy mismo nos dijo bien temprano la mamá. «Hijos mios, hoy no tengo pan que daros.» Mi hermanito empezó á llorar, pero yo como ya soy grande y fuerte, cogí la gorra y salí á la calle para buscar trabajo, y aquí me tiene vd.

Mucho conmovieron al arquitecto, así la ingenuidad del muchacho, como la firmeza de carácter que sus palabras revelaban, y le contestó casi enternecido:

—¡Pobre niño! nunca faltará el sustento á quien de tan buena voluntad quiere emplear las fuerzas que Dios le ha dado y á quien las emplea por tan noble motivo.

Llamando luego á uno de sus subalternos, le dijo:

—Ocupe vd. á este niño; pero ya ve vd. su edad y sus fuerzas, por consiguiente que sea en cosas lijeras que no le causen fatiga,

Despues queriendo seguir con el niño una conversacion que tanto le interesaba, le preguntó:

—¿Con que es decir qué ya no tienes padre?

—No señor, murió en una posada de Berry, dejándonos solitos á mí y á mi hermanito menor. Apenas habian llevado el cuerpo al campo santo, entró el posadero pidiendo lo que le debiamos, pero como mi padre no nos dejaba un cuarto siquiera, hubo que vender la ropa para pagar á aquel hombre que en seguida nos puso en la calle. Emprendimos el viage hasta París, pero mi hermanillo no tenia fuerzas para andar á pie y gasté todo el dinero que me quedaba para que le llevasen en la imperial de

una diligencia, teniendo yo que ir corriendo á pie al lado del carruage, hasta que el mayoral compadecido de mí y admirado del amor que tenia á mi hermano, me cogió y me puso en el asiento á su lado. Así pudimos llegar hasta París y abrazar á nuestra querida madre; pero como no habia qué comer, ha sido preciso que yo me ponga á buscar trabajo.

Los que tengan noticias de Sedaine, y de su reputacion de poeta, los que sepan que en 1797 murió siendo secretario de la Academia Francesa despues de haberse inmortalizado con sus poesías, óperas y otras obras dramáticas como el *Diablo á cuatro*, *el Desertor*, *Blasa y Babet*, etc., se admirarán no poco al saber que los principios de su carrera fueron tan diferentes de su término. Sin embargo, nada es mas cierto: Sedaine se aplicó no solo al oficio de albañil, sino al de cantero, y como aprendió el dibujo y la geometría, llegó casi á ser un escultor y un arquitecto. Sus jornales le proporcionaron no solo el medio de socorrer á su madre y á su hermano, sino el de cultivar su entendimiento para hacerse un poeta distinguido.



MARIA TERESA Y SU HIJO.

Poco tiempo hacia que la emperatriz María Teresa habia recibido sobre sus sienes en Presburgo la corona imperial de San Esteban, y habia recorrido á caballo la poblacion en medio de entusiastas aclamaciones, cuando ya tuvo que poner á duras pruebas todo su valor de reina y su cariño de madre. Era en 1740, y el rey de Prusia habia invadido la Silesia, de la que se apoderó bien pronto, así como de la Moravia, mientras que el elector de Baviera, Cárlos Alberto, se hacia aclamar emperador. Entonces fué cuando mas se dejó conocer la grandeza de alma de María Teresa.

Viéndose abandonada por todos, viendo que hasta sus mismos aliados y parientes le declaraban la guerra, cogió á su hijo, que era toda su esperanza, y presentándose á sus fieles húngaros en Presburgo, les dijo:

—No tengo mas consuelo ni mas amparo que vosotros, mis leales húngaros: vosotros sois los únicos capaces de salvar á esta inocente criatura.

Como al decir estas palabras la levantase en sus brazos para mostrársela al pueblo, esclamó:

—Combatid á mi lado: combatid por la hija y el hijo de vuestros reyes.

Entusiasmados entonces los húngaros y blandiendo sus espadas, clamaron unánimes.

—Muramos por nuestro rey, María Teresa, y por su hijo.

Así fué como la emperatriz reina salvó á su hijo, pues este rasgo no solo inflamó á sus vasallos, sino que fué admirado hasta de los mismos enemigos. María Teresa triunfó y entró en Viena para perdonar y para ser llamada madre de la patria. Su hijo, despues el emperador *José II*, tuvo siempre tan en la memoria este suceso de su infancia, que cifró todo su empeño en hacer beneficios al pueblo, y por su bondad y su justicia, mereció que fuese bendecida su memoria.

INFANCIA DE LUIS XIV.

(TRADUCCION.)

En la calle de San Honorato de París, y no lejos de la plaza del Mercado, habia una especie de casuca compuesta esclusivamente de una habitacion que servia á la vez de sala, alcoba, cocina y almacen de carbon.

Apesar de la miseria de las gentes que allí vivian, se notaba cierto órden y mucha limpieza. Habia dos camitas con sus colgaduras á la derecha, y tambien una cuna de mimbres; á la izquierda las seras de carbon puestas en fila; en el fondo una

alta chimenea, la puerta en frente y una gran mesa en medio. Allí vivia el carbonero Santiago y su familia, compuesta de su muger y dos niños, uno de diez años y otro de ocho, y ademas una linda niña que empezaba á soltarse á andar.

En la noche del 28 de julio de 1648, la familia del carbonero, sentada alrededor de la mesa y alumbrada por una vela de sebo, esperaba con impaciencia que volviese el amo de casa para cenar. Carlitos, el mayor de los niños, iba alternativamente desde la mesa á la puerta, que estaba entreabierta á causa del calor, y á cada viage decia meneando la cabeza y mirando un plato cubierto que habia sobre la mesa:

—Papá no viene y la cena se enfria.

—¿Hermano, vamos á buscarle? dijo el mas pequeño llamado Blondel.

—No quiero, contestó la madre que mecia á la pequeña, porque os vais á perder.

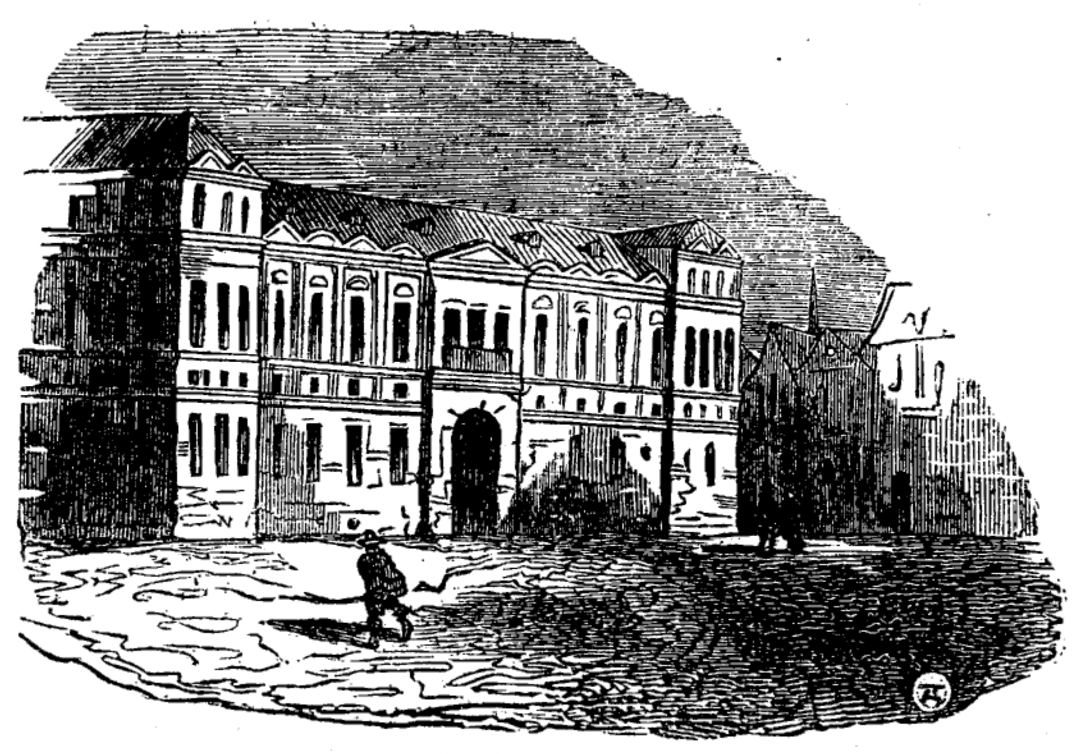
—¿No le parece á vd., mamá, que padre tarda esta noche mas que ninguna?

—Vuestro padre ha ido á llevar carbon al Louvre, y como hoy es Santa Ana y los dias de la reina, hay allí mucha funcion.... baile, concierto, qué se yo cuántas cosas!.... Puede muy bien que se haya detenido un poco para verlo todo.

Oyóse á este tiempo la voz del carbonero que gritaba desde fuera.

—Muger, enciende bien la lumbre.... pronto! y al mismo tiempo un hombre alto, seco y ennegrecido entró en el aposento, trayendo en los brazos un niño que no daba señales de vida.

Los vestidos de aquel niño estaban bordados de oro, y la riqueza de todo su trage contrastaba con los desgarrones de las mangas y de los vuelos



VISTA DEL LOUVRE.

y con los agugeros de las medias. Además estaba chorreando agua por todas partes.

—¡Dios de mi vida! esclamó la muger del carbonero, soltando la niña en la cuna para apresurarse á encender la lumbre. ¿Qué es lo que te ha sucedido? ¿Qué niño viene á ser este?

—Ya te lo contaré despues. Ahora calienta bien una manta, la que está en la cama de los niños, que es la mejor. ¡Pobre criatura, está pasadita de frio!

—¡Qué niño tan guapo! decia la muger mientras

que le desnudaban. Cárlos tráeme tus vestidos del dia de fiesta, porque este pobre niño no puede tener puestos los suyos y es preciso secárselos.

—Aquí están, madre mia, contestó el muchacho presentando sus vestidos y mirando con grande sorpresa los que quitaban al niño desconocido.

El calor reanimó al niño: abrió los ojos y mirando atentamente, ya al carbonero, ya á su muger, ya á los niños, y paseando la vista por aquel aposento tan miserable, esclamó al fin:

—¿Pero dónde estoy yo?

—Estás en mi casa, amiguito, respondió el carbonero.

—¡Amiguito! repitió el niño con tono de desden.

—¿Te enfadas?.... Tanto peor para tí: no hay que echarla de orgulloso, pues sino hubiera sido por mi auxilio..... ¡Cáspita!

—Pero estos vestidos no son mios, continuó el niño, y sin duda me habeis robado los mios.

—¿Qué es eso de robado? interrumpió colérico el carbonero. ¡Te aseguro, muñeco, que como fueses de mi estatura!

—No te alteres hombre, esclamó la carbonera, este chiquito está todavía aturdido con su caida.... Cuéntanos lo que ha sucedido, y así verá que somos pobres, pero honrados.

Los dos niños se acercaron á su padre para oir mejor, sin dejar de mirar de reojo al desconocido, cuyo aspecto era mas imponente y mas grave de lo que pudiera prometer un niño de diez años.

—Has de saber, muger, dijo el carbonero, que conforme volvia de llevar el carbon á las cocinas

del palacio real, que por cierto y verdad que el gefe me dijo: muy bueno es tu carbon, Santiago; pues conforme venia, entré en el jardin para ver algo de la fiesta y no parecia sino que habia fuego en el palacio, tal era el resplandor que salia por las vidrieras. Allí era el ver pasar por detrás de los cristales, señoras y mas señoras, y caballeros y mas caballeros, con plumas y con brillantes, y con todo cuanto se quiera. Yo hubiera querido ver pasar á la reina; pero bah! esto era imposible.

—¿Y por qué, papá? preguntaron Cárlos y Blondel que escuchaban con la boca abierta cuanto decia su padre.

—En primer lugar, porque yo no la habia visto otra vez para conocerla; pero esto era lo de menos. Como ella hubiera pasado ya la hubiera yo conocido, pues una reina siempre tiene algo en que se distingue de las demas mugeres.

—Pero acaba de contar lo sucedido á este niño, dijo la muger del carbonero.

—¡Ah! si: tienes razon; pues como iba diciendo, oigo de repente detrás de mí.... plouf, vuelvo la cabeza y veo á este caballerito que estaba chapuzándose en el fondo del estanque. ¡Caramba! no anduve yo entonces diciendo á la una ni á las dos, sino que de un brinco me encajé en el estanque, cogi al muchacho y he tenido que traerle á casa, porque el centinela de la puerta del palacio no me ha querido dejar que entrase el niño á la cocina, donde habia buena lumbre y donde se hubiera secado al instante.

—¡Pobre madre! esclamó la muger del carbone-

ro, qué inquietud debe tener á estas horas. Señorito, díganos vd. donde vive su mamá, para que vaya mi marido corriendo á tranquilizarla.

—Es vd. muy buena, contestó el niño con el tono de la mas esquisita cortesía; pero no hay prisa ninguna.

—Pero á la hora que es, andarán buscándole á vd.

—Tanto mejor.

—Pero la buena mamá estará desconsolada.

—¡Mucho me alegraria!

—Parece que vd. se burla. ¡Ah! los niños nunca hacen justicia á sus madres; ni aun conocen el cariño que les tienen.

—Nosotros si lo conocemos, esclamaron Cárlos y Blondel, corriendo á abrazar á su madre.

El niño no respondió; pero dos gruesas lágrimas se desprendian de sus hermosos ojos negros.

—Pobres hijitos mios, decia la madre cubriéndolos de besos, me amais mucho, ¿no es verdad?

—Tanto, que no la cambiaríamos á vd. por la reina de Francia, dijo Cárlos.

—Ni aun por todo el reino con París y todo, dijo Blondel.

—Y á mí, nadie me abraza, dijo el carbonero, ¿nadie me ama?

Los niños dejaron á su madre, para ir á colgarse del cuello del carbonero, diciendo:

—Si, le queremos á vd. mucho, papá, tanto como á mamá.

Un sollozo les hizo volver la cabeza, y vieron que el niño desconocido, estaba deshaciéndose á llorar.

—Por qué lloras, hijo mio, le dijo ya familiarmente la carbonera, estrechándole contra su pecho. ¿Pues qué, no tienes padre?

—Le he perdido, señora, dijo el niño, enjugándose los ojos.

—¿Pero te quedará una buena madre?

El niño meneó tristemente la cabeza.

—Una buena madre que sin duda te cuidará mucho.

—Mi madre tiene otras cosas que hacer mas que el cuidarme á mí.

—¡Otras cosas! esclamó la carbonera, ¿y qué otras cosas puede hacer una madre, mas que el tener cuidado de sus hijos?

—Mi madre, por su posicion tiene otros cuidados, y para que cuiden de mí, tiene sus criados.

—Por eso se ha caido vd. en el agua, replicó el carbonero con tono brusco, y á fé que si yo no me hubiera encontrado alli, puede que en el agua estuviese vd. todavía. Mis hijos podrán caer, porque esto es cosa que sucede, pero es seguro que no andarán muy lejos su padre y su madre para socorrerlos. Pero dejemos esto y vamos á cenar.

Toda la familia tomó asiento al rededor de la mesa, y la madre puso delante de cada uno una cazuela y una cuchara de madera: despues destapando el plato, les sirvió habas cocidas, mientras que el padre partia grandes pedazos de pan moreno, pero nutritivo.

—Y qué ¿no quieres cenar? dijo el carbonero al niño desconocido: este se sentó á la mesa, pero no tocó á las habas ni al pan.

—Papá, dijeron los niños, cuéntenos vd. lo que ha visto en la fiesta.

—¡Oh! ¡aquello era una cosa magnífica!

—¡Dios mio, qué felices son los reyes! esclamó Blondel.

—Y sus hijos tambien, dijo Cárlos, porque á lo menos los enseñan á leer.

—¿Pues qué, tú no sabes leer? preguntó el niño desconocido.

—¡Ah! no, contestó tristemente Cárlos: eso cuesta veinte sueldos al mes, y mis padres no ganan para tanto gasto.

Sin perder su gravedad, se levantó el niño, fué á buscar su casaca que estaba secándose delante de la lumbre, sacó un bolsillo lleno de monedas de oro, y tomando una se la dió al mayor de los dos niños, diciendo:

—Toma, ahí tienes para veinte meses, despues yo te daré mas.

—¡Cárlos! gritó el carbonero viendo á su hijo que cogia la moneda, la que soltó en cuanto oyó la voz de su padre, diciendo:

—Yo no puedo tomar eso.

—¿Por qué?

—Porque no lo he ganado y no recibo limosna.

—¿Pues qué, esto es una limosna? Tú no tienes dinero, pero yo le tengo y te le doy. Lo mismo harias tú en mi lugar.

—Yo lo creo que sí.

—Pues entonces no lo rehuses. Asi como asi, tu padre acaba de hacerme un favor que nunca le podré pagar.

—¿Pues qué, un favor se paga? dijo el carbonero.

—Siempre me han dicho que sí.

Coja vd. su dinero, señorito, y no porque yo le desprecie y mas siendo para que aprenda á leer mi Cárlos, que no desea otra cosa; pero es vd. muy niño para disponer de una suma tan considerable.

—Bien se conoce que no sabe vd. quien soy.

—No lo sabemos; pero creo que ya es tiempo de que vd. lo diga, para ir á tranquilizar á su pobre madre.

—Mi madre... Me quiere tanto, como vds. á sus hijos; pero no puede ocuparse de mí. Su posicion no la permite besarme y abrazarme cuando quiere, añadió el niño dando un suspiro.

—¡Ah! vd. la ofende, dijo la carbonera.

—No se parece á nuestra madre, esclamó Cárlos.

—¡Pero es mas bonita! replicó el niño algo picado.

—Pero la nuestra es mejor, replicó Cárlos.

—Pero la mia me dá bonitos vestidos, y dinero cuanto quiero, replicó el otro niño, como humillado de la comparacion.

—Pero la nuestra nos dá cuantos besos queremos, dijo Blondel, encarnado de cólera.

—Y la mia me dá criados para que me sirvan.

—Y la nuestra nos sirve ella misma, dijo Cárlos.

—Lo que es mucho mejor, añadió Blondel.

—¡Hijos de mi vida! esclamó la carbonera á la que esta disputa divertia tanto como á su marido;

Dios os ha dado á cada uno lo que le conviene. Venid á darme un abrazo, antes de que os vayais á acostar.

En aquel instante se sintió gran ruido en la calle, y algunos coches pararon delante de la miserable casa del carbonero. Despues llamaron diciendo:

—¿No es aqui donde vive el carbonero Santiago?

—¡Dios mio, es la voz de mi preceptor! esclamó el niño desconocido, escondiéndose debajo de la mesa y haciendo seña de que no le descubriesen, al tiempo que el carbonero y su muger iban á abrir.

En un instante se llenó el cuarto de señores, de criados y de pueblo.

Un hombre notable por su trage de cardenal y por su rostro severo terminado por un solideo rojo, se adelantó á todos los demas, dirigió sus miradas investigadoras á todos los rincones, y volviéndose hácia un soldado que se mantenia respetuosamente á cierta distancia, le dijo:

—Repite tu declaracion

El soldado entonces, encarándose con el carbonero, le dijo:

—Esta noche á las ocho, cuando yo estaba de centinela á la entrada del vestíbulo de palacio, me pediste permiso para que te dejase entrar á la cocina con un niño que acababas de sacar del estanque. ¿Dónde está ese niño?

—Aqui, contestó el niño desconocido, presentándose de improviso en medio de todos.

—Señor, hace ya dos horas que toda la córte anda buscando á V. M.

—¡A V. M! repitieron el carbonero y su muger llenos de asombro.

—Nada me importa, señor cardenal, respondió el niño con arrogancia.

—Pero vuestra madre se halla en una inquietud horrible.

—¡Su madre!.... ¿pues qué no ha venido con vds? preguntó ingénuamente la carbonera.

—Cállate, muger, esclamó su marido.

—Siento mucho la inquietud de mi madre, señor cardenal.

—V. M. va á venirse al instante con nosotros.

—Si lo tengo á bien, señor cardenal.

—Pero es preciso: vuestra madre os espera con la mayor impaciencia.

—Quiero antes dar las gracias á estas buenas gentes, por lo bien que me han socorrido, aun sin saber quien yo era.

—Ya se les dará dinero con abundancia. Loque ahora importa es que V. M. venga pronto.

—Acabo de saber, señor cardenal, que el dinero no recompensa un favor.... Amigo mio, añadió volviéndose hácia el carbonero; yo, Luis XIV de Francia, te doy las gracias por el beneficio que me has hecho: yo me encargo de la educacion de tus dos hijos y del dote de tu hija.

Al mismo tiempo alargó su mano para que se la besasen; pero como el carbonero y toda su familia permanecian inmóviles, llenos de estupor, el rey con la mas afectuosa bondad, se acercó al carbonero, estrechó con sus delicadas manos las negras y callosas de aquel hombre, abrazó á la car-

bonera y á sus dos hijos, diciendo á estos, «hagamos las amistades,» y volviéndose despues hácia la comitiva dijo:

—Marchemos, señores.

—¿Con ese trage? dijo el cardenal mirando con desprecio los usados y groseros vestidos que cubrian al rey.

—Con este trage, respondió el niño con orgullo.

—Pensad, señor, que la reina se halla rodeada de toda su córte.... que todos están vestidos de gala.

—¡Ah! señor, esclamó la muger del carbonero, no os detengais á mudar de vestidos, porque vuestra madre os espera.

—¿Lo ois, señor cardenal?

—Es una pobre muger la que os habla.

—Pero es una madre, replicó el niño pasando magestuosamente por entre todos aquellos cortesanos que le abrieron calle con el mayor respeto Volvióse de improviso hácia Cárlos, que le estaba mirando con la boca abierta y le dijo sonriendo:

—Cárlos, mañana iras tú.... tú mismo, ¿lo oyes? á llevarme mis vestidos.

—Señor, os olvidais de vuestro bolsillo, dijo el carbonero, corriendo en pos del rey.

—Nada se me olvida, amigo mio, contestó el niño subiendo ya en su carruage.

SANTA GENOVEVA.

Todos los habitantes de la pequeña aldea de Nanterre, cerca de París, salian muy alborozados al encuentro del santo varon que venia á visitarlos. San German, el piadoso obispo de Auxerre, de paso para Inglaterra, adonde le llamaba el deseo de difundir la fé católica, quiso al cruzar por Nanterre, detenerse un momento entre aquellos buenos habitantes, que con tan ingénuas demostraciones le recibian, y entrar en su iglesia parroquial, para implorar en favor suyo las bendiciones del cielo.

Una graciosa niña de siete años de edad, separándose del lado de sus padres, fué á prosternarse delante del santo obispo, pidiéndole su bendicion. Aquella niña fijó muy particularmente la atencion del prelado, que despues de haberla bendecido particularmente, llamó á sus padres y les dijo:

—El espíritu de Dios nunca se apartará de esta niña: sera algun dia grande en su presencia y en la de todos los hombres. Desde este momento queda consagrada á Dios para ser el modelo de las doncellas virtuosas.

Veamos ahora como se cumplió la prediccion del santo obispo.

En primer lugar, Genoveva pasó toda su juventud sufriendo los malos tratamientos de su madre, cuyo mal genio se irritaba mas y mas con la pér—

dida de la vista de que se veia amenazada. La pobre jóven redoblaba sus cuidados y su cariño, á medida de las persecuciones, á la manera que el divino Redentor bendecia y salvaba á los que le ultrajaban.

Despues cuando su madre quedó efectivamente ciega y gemia desesperada en su lecho, se acordó de las palabras que el santo obispo habia proferido sobre la cabeza de su hija y llamando á ésta, dijo:

—Genoveva, hija mia, me acuerdo que aquel santo obispo dijo que serias una santa con el tiempo, y yo creo que ya lo eres. Anda vé y traeme un poco de agua bendecida por tu mano, y ojalá puedan tus virtudes sanar á tu pobre madre.

Genoveva fué corriendo al pozo inmediato y trajo agua sobre la que hizo la señal de la cruz, implorando las gracias del cielo. Con aquella agua se lavó su madre los ojos, é inmediatamente recobró la vista, lo que mejoró su carácter é hizo mas piadosa á Genoveva.

Sufrió tambien ésta con admirable resignacion las calumnias y persecuciones de los que no pudiendo comprender su virtud, la acusaban de supersticion y de hipocresía. Pero esta persecucion se cambió en respeto y en elogios, cuando un suceso inesperado manifestó la inspiracion que del cielo recibia Genoveva.

Atila, aquel feroz rey de los hunos llamado el *azote de Dios,* habia entrado en Francia con un numeroso ejército, á quien hacia aun mas formidable la fama de sus sangrientas victorias. Ya avanzaba á marchas forzadas hácia París, mientras

que sus consternados habitantes trataban de huir para salvar las vidas; pero Genoveva con una confianza admirable, les intimó que se estuviesen quietos y les pronosticó que Atila no entraria en París. Todos se burlaron al pronto de la prediccion, y aun se formó un motin contra la santa; pero á poco tiempo se supo que Atila habia cambiado de resolucion, y que en vez de acercarse á París, se alejaba de él con toda celeridad.

Por último, Genoveva recibió el velo sagrado de manos del obispo de París, y vivió tranquila por muchos años en la soledad del cláustro.

GIOTTO.

Cimabué, el famoso pintor florentino, salia algunas veces á respirar el aire puro de la campiña para descansar de las fatigas del trabajo. Un pintor, sin embargo, aun en sus recreaciones, halla objeto de estudio, y las pintorescas vistas de la campiña y alguna que otra rústica casita de las inmediaciones de Florencia, habian mas de una vez embargado la atencion del artista, hasta el estremo de hacerle sacar su lapiz y su cartera para dibujarla.

Una de las copiadas por el artista á causa de su gracioso aspecto, era la habitacion de una honrada familia, compuesta del padre y la madre y al-



gunos hijos. Todos vivian de su trabajo y del escaso producto de un rebaño de cabras que apacentaba en las inmediaciones, Bautista, el mayor de los hermanos. Todos los dias, apenas el alba despuntaba, cogia Bautista su báculo, su anchuroso sombrero de paja y su capa, y acompañado de su perro que venia al instante á saltar y juguetear á su lado, se encaminaba arreando las cabras por estrechos y empinados senderos, hasta llegar al sitio en que encontraban abundante pasto. Tenia ya Bautista trece años y todos los dias pasaban para él de la misma manera; pero él halló medio de ocuparse durante las largas horas que pasaba en el campo y de amenizar de algun modo aquella existencia tan triste y monotona.

Sin embargo de que este niño no habia recibido la menor instruccion, pues ni siquiera sabia leer y escribir, á pesar de que no tenia el mas mínimo conocimiento del dibujo, se entretenia, sentado al pie de un árbol, en trazar los contornos de los objetos, y á veces cogiendo un pedazo de yeso ó de carbon, dibujaba en las paredes y en las piedras que encontraba, los árboles, las casas y los animales que se ofrecian á su vista. Su modelo favorito era por lo general su mismo rebaño, y aunque sus trazos era imposible tuviesen una perfeccion artística, á fuerza de copiar sobresalia ya en representar sus cabras con todos sus caracteres naturales y en sus diversas actitudes.

Sucedió, pues, que un dia en que el ya citado pintor Cimabué, hacia una de sus acostumbradas escursiones por las cercanías de Florencia, reparó

en uno de los diseños de grueso contorno trazados en la pared por la inesperta mano de nuestro pastorcillo. Por imperfecta que fuese aquella copia, descubria tal talento de observacion, que no pudo menos de sorprender á Cimabué que sabia cuán raros eran los artistas en aquella época. A poco que anduvo, ya descubrió otra copia y luego otras muchas, por lo que se empeñó en descubrir al autor de aquellos dibujos, que no podia menos de ser algun habitante del contorno.



A poco rato descubrió el rebaño que reposaba á la sombra, y al jóven pastorcillo, ocupado mas que en cuidarle, en dibujar en la menuda arena con la punta de una varita. Tan embebido estaba en su tarea, que no sintió acercarse á Cimabué, el que

paso á paso llegó hasta asomarse por encima de la espalda del pastor y seguir con la vista todos sus movimientos, hasta la conclusion del dibujo. Púsole entonces la mano sobre el hombro, y cuando el pastor se volvió sobresaltado, le dijo:

¡Bravo, amiguito! eso está muy bien.... ¿Eres tú el que ha hecho todos estos dibujos que hay por el contorno?

—Si, señor.

—¿Pero quién te ha dado lecciones de dibujo?

—Nadie, señor, contestó el pastorcillo, que hasta entonces no habia sospechado el que sus copias tuviesen algun mérito.

—Entonces esto es mas admirable. Tú tienes una admirable disposicion para la pintura. ¿Tendrias gusto en aprenderla?

—¡Oh! si, señor. Pero entonces ¿quién habia de tener cuidado del rebaño de mi padre?

—Ya pondremos remedio en eso. ¿Cómo te llamas?

—Bautista Giotto.

—Llévame donde está tu padre.

Cuando Cimabué habló seriamente al padre de Bautista de su proyecto de llevarle á Florencia y enseñarle la pintura de modo que le proporcionase un medio decente de subsistencia para sí y para toda su familia, cesaron la sorpresa y estrañeza que el aldeano habia desde un principio manifestado; y seducido por las promesas de Cimabué, viendo que éste nada le pedia para mantener y vestir al muchacho, dió su consentimiento, y Bautista despidiéndose de su familia, siguió á Floren-

cia á su protector. Su entrada en el obrador de Cimabué, donde habia una infinidad de modelos y dibujos de todas clases, donde habia muchos cuadros acabados y otros sin concluir, fué para él una mágica sorpresa. Se hallaba como atolondrado en medio de aquellos lienzos brillantes, él que nunca habia visto una sola pintura, entonces que las producciones de este arte encantador eran tan raras como costosas.

Una Magdalena de admirable frescura y colorido, llamó toda su atencion, no solo porque ostentaba toda la belleza de la forma humana que Giotto nunca se habia atrevido á copiar, sino porque el silvestre paisage en que campeaba la figura, le recordaba aquel en que habia pasado los primeros años de su vida, cuidando los ganados.

Bien conocida es la fama artística de Giotto como eminente pintor, y sabido que sus cuadros llegaron á tener mas estimacion que los de su maestro Cimabué, al que sin embargo profesó toda su vida el mas agradecido cariño.

EL AHIJADO DEL CZAR.

No solo los rasgos de valor y de constancia contra la adversa suerte se han de consignar en esta obrita: no solo se ha de hacer mencion de los indicios de elevado ingenio y de las muestras prematuras de aplicacion que han abierto á muchos hombres ilustres la carrera de la celebridad, ya desde


ORTEGA

los primeros años de su infancia. Tambien, si esta época de la vida se ha de dar á conocer bajo todos sus aspectos, es lícito insertar aquí algun suceso relativo á los niños que no por sus disposiciones individuales, sino por la casualidad y la fortuna, han obtenido felicidad y nombradía. Con este objeto tomamos de una obra estrangera las anécdotas del *ahijado del czar* y de *la escarapela de Napoleon*.

Juan Basilowitz, czar de Moscovia, tenia gusto en disfrazarse algunas veces, para escuchar por sí mismo la opinion de sus pueblos acerca de su gobierno. Una noche en que se paseaba solo por las cercanías de Moscou, entró en una aldea y pidió hospitalidad, fingiéndose rendido de cansancio. Estaba vestido de una manera que aparentaba pobreza, pero los habitantes, sin moverse á compasion, le despidieron en todas partes. Iba ya á salir indignado, de la aldea, cuando reparó en una casilla que no habia notado hasta entonces. Era la mas pequeña y miserable de toda la aldea; sin embargo, el czar fué allá, llamó suavemente y fué recibido por un buen aldeano que le preguntó: qué era lo que buscaba.

—Me muero de hambre y de fatiga, dijo el czar, ¿podeis recibirme en vuestra casa por esta noche?

—Entrad, dijo el aldeano; pero no lo pasareis muy bien. Mi muger está en cama; el cielo acaba de enviarme un hijo, y su llanto os quitará de dormir. En fin, á lo menos estareis al abrigo del frio y participareis de nuestra cena.

Diciendo estas palabras, introdujo á su sobera-

no en una piececita donde habia cinco criaturas, y trajo un vaso de hydromel, un pan negro y huevos duros.

—Cenad con mi familia, dijo, que yo me vuelvo al lado de mi esposa, á ver si sigue mejor.

—La buena obra que haceis, dijo el czar, merece su recompesa.

—Soy feliz, replicó el aldeano, tengo cinco hijos que todos los dias me proporcionan nuevos consuelos, una esposa á quien amo, porque es buena, unos padres que, gracias á Dios, se conservan á las mil maravillas, y mi trabajo basta para la subsistencia de toda esta familia. Ademas, dijo trayendo el chiquillo, aqui está mi sesto hijo que acaba de nacer, que Dios me le conserve tan bien como los otros. ¡Ved qué frescote y qué robusto está!

—El czar cogió al chiquillo en sus brazos.

—Entiendo un poco de fisonomías, dijo, y por la de este niño, os prometo que ha de hacer gran fortuna.

El czar despues de todo esto, pasó la noche sobre un gergon de paja, y apenas fué de dia, se despidió del aldeano, diciéndole.

—Voy á Moscou, donde conozco un hombre benéfico que sabe recompensar las buenas acciones, y quiero invitarle á que sea padrino de vuestro hijo. Asi que, prometedme que me aguardareis para la ceremonia del bautismo, pues dentro de tres horas á lo mas, estoy de vuelta.

El aldeano, juzgando por la traza del incógnito, no hizo mucho caso de su promesa; pero por no humillarle, consintió en esperar las tres horas.

Como estas pasasen sin que volviese el desconocido, nuestro aldeano iba á llevar ya su hijo á la iglesia, cuando sintió gran ruido de caballos y carruages. Muchos coches desfilaron por delante de su puerta, hasta que llegó el del soberano y se detuvo. El czar bajó del coche, y acercándose á su huesped, le dijo.

—Te prometí esta mañana un padrino para tu hijo y vengo á cumplir mi promesa. El aldeano, inmóvil de sorpresa, contemplaba en una especie de estupor la magnificencia de su soberano, pudiendo apenas reconocer en medio aquel suntuoso aparato, al desconocido que habia albergado por la noche en su casa.

El czar gozó un momento de su estrema sorpresa; despues tuvo efectivamente en la pila al niño, encargándose de él para siempre: colmó de beneficios en su esfera de labrador al buen aldeano y á su familia, y mandó que se quemasen las casas donde no le habian querido recibir la víspera, para que sus inhumanos dueños supiesen lo que era pasar sin asilo una noche fria.

LA ESCARAPELA DE NAPOLEON.

Hace mas de dos años, que estando yo una noche en casa de uno de nuestros mas celebres generales, adonde por lo regular concurrian varias personas de alguna distincion, y en la que pasábamos el rato rodeados á la chimenea hablando de

cosas indiferentes ó puramente familiares, entraron recado de que habia llegado Mr. Luis, alias *Jacobito*, y en seguida vimos entrar un oficial de marina, jovencito aun y de muy distinguido porte.

El contraste de su nombre singular, con la elegancia de sus modales, y el recibimiento que le hicieron el general y su esposa, llamó la atencion de todos. Este interes dió lugar á un exámen de su persona que le fué en todo favorable, pues el tal *Jacobito* era un hermoso jóven, como de unos 22 años, á lo mas, con aquel color moreno que se adquiere en el mar, ojos grandes y negros, aire franco y decidido, con todos los demas rasgos que á primera vista dan á conocer un jóven valiente. Su adorno no era menos notable que su persona, pues aunque nadie sea capaz de hacer gran ostentacion con un uniforme de abanderado, á pesar de que el de Jacobito estaba tan bien cortado y tan ajustado á su elegante cuerpo, que no podia menos de llamar la atencion, era sin embargo preciso que este oficialito tuviese en sí algo de interesante, para que aquel análisis que se hace de toda persona que entra por primera vez en un salon, adonde concurre mucha gente, se prolongase con él mas de lo ordinario; mas por casualidad ó de intento, las miradas de todos se fijaron en una parte de su trage, que discordaba de lo demas. En efecto, en el sombrero nuevo, negro y muy lustroso que Jacobito tenia en la mano, se veia prendida una vieja, ajada y grasienta escarapela. El general notó esta observacion y se lo advirtió en voz baja á su esposa, que le contestó con una dulce sonrisa, y Ja–

cobito, que vió este movimiento, se puso mas encarnado que la grana; mas aquella repentina mutacion de su rostro no fué producida, ni por la verguenza, ni por la confusion que le causaba tan numerosa como lúcida tertulia, sino por una modesta cortedad, muy propia del pundonor militar, cuando se está delante de sus gefes; pero el general viéndole turbado, le alargó la mano y le dijo: «Luis, ya sé que eres un muchacho valiente, cuenta con mi aprecio.» La generala le alargó tambien la suya, la que besó entonces con una viva efusion de respeto y de ternura. Escena fué esta que interesó á todos; pero cuya esplicacion nadie se atrevia á exigir. La llegada del jóven habia interrumpido la conversacion, y cada uno estaba viendo como entablarla de nuevo, cuando un antiguo oficial que toda la noche habia permanecido en silencio, se levantó de repente, y dijo con voz bronca. Mi general ¿este es vuestro Santiaguito? ¡Ved aquí la verdadera escarapela! arrebatando el sombrero de las manos del jóven, contemplándole tan atentamente que parece queria abrazarle, corriéndole las lágrimas hasta el vigote. Este nuevo incidente excitó aun mas curiosidad de toda la tertulia, y levantándose todos para examinar tan misteriosa escarapela, algunas personas de las que gozaban mas confianza con el general, se acercaron á él suplicándole les esplicase todo lo que encerraba aquel enigma.

—¡Ah! dijo él, es una historia bien sencilla á la verdad! Pero magnífica en su esencia, replicó el viejo oficial, si mi generala gustase contarla, estoy

seguro que haria derramar copiosas lágrimas: todos insistieron en que se refiriese; el general consintió en ello, y resignándose el jóven oficial á que le pusieran en escena, he aquí lo que se nos contó:

«Despues de la entrevista que tuvo Napoleon con el emperador Alejandro, queriendo Bonaparte manifestar al autócrata las tropas que le habian vencido, mandó verificar una gran revista: Napoleon recorria con complacencia las filas de su guardia imperial, cuando de repente se paró en frente de un granadero que tenia una cicatriz en la cara, la que se estendia desde la frente hasta mas abajo de la mejilla; le miró un momento con orgullo, y señalándole á Alejandro, le dijo:

—¿Qué pensais de soldados que resisten á tales heridas? A lo que le contestó Alejandro con una admirable presencia de espíritu.

—¿Y qué juzgais de los soldados que las han hecho?

—Esos ya han muerto, dijo entonces con voz bronca y grave el viejo granadero, mezclándose con tan arrogante palabra en la conversacion de los dos mas poderosos monarcas del mundo. Alejandro, que observó habia turbado con su pregunta á Napoleon, se volvió hácia él, y le dijo cortesmente: Señor, vos sois en todo vencedor.

El guardia ha respondido por mí, dijo Napoleon, dirigiendo al mismo tiempo una señal de agradecimiento á su granadero.

Algunos dias despues de la revista, se paseaba Napoleon por los cuarteles de su guardia, pensan-

do quizá en el viejo granadero que le sacó del apuro en que le puso Alejandro, cuando le alcanzó á ver sentado en una piedra, las piernas cruzadas una sobre otra y haciendo bailar sobre su pie un chicuelo como de un año á lo mas. El emperador se paró delante de él; pero el veterano no se levantó por eso del asiento, y le dijo solamente: perdonad, señor, que no me levante, porque si lo hiciese, Jacobito chillaria como un pífano del rey de Prusia, y esto incomodaria tal vez á V. M. Bien estás, le dijo Napoleon, ¿tú te llamas Santiago?

—Si, mi emperador, y por eso he querido que este niño se llame Jacobito.

—¿Es hijo tuyo?

—¡Ni pensarlo! mi emperador, esta criatura es hijo de una cantinera á la que un bribon de hulano mató de un sablazo hace dos meses, al tiempo que alargaba un poco de aguardiente á su anciano marido que acababa de perder una pierna de cuya herida murió; pero antes murió su esposa, y este niño quedó huerfanito.

—¿Y tú le has adoptado por hijo? le dijo el emperador.

—Señor, yo y los demas granaderos: le encontramos sin casi mover pie, ni mano, llorando á gritos, y con el estómago tan vacío como cañon de órgano: su viejecito padre, que aun alentaba alguna cosa, nos contó como su madre habia muerto en el servicio de V. M. y entonces todos le adoptamos, y como yo fuí el que le ví primero, he sido el encargado de criarle.

—Napoleon se paró un momento á considerar al

granadero que continuaba dando á Jacobito leccion de equitacion sobre su pie, y despues le dijo:

—Santiago, ¿te debo yo alguna cosa?

—¿A mí, mi emperador? Vos me habeis dado la cruz por este rasguño, yo soy el que debo corresponder por ella.

Napoleon le replicó, es por lo que dijiste el otro dia al emperador Alejandro.

—Yo no le dige nada indecoroso á ese emperador: ¿se ha quejado de mí por casualidad?

—No ciertamente, dijo Napoleon; pero quiero recompensarte. Vamos, dime lo que deseas.

—A fé mia, respondió Santiago, que yo nada necesito; mas ya que quereis darme una prueba de amistad, dad alguna cosa á este chico, pues esto contribuirá á su felicidad.

—Con mucho gusto, dijo el emperador, y levantándose Santiago se acercó tomando el niño en brazos, mientras Napoleon buscaba en sus bolsillos alguna cosa que darle. No encontró mas que algunas monedas de oro, que desechó al instante, pues sabia que no era con semejante moneda con la que habia ganado el corazon de sus soldados; los registró de nuevo sin que encontrase otra cosa mas que papeles: en fin, no sabia ya qué hacerse, cuando se acordó de la caja que tenia en un bolsillo del chaleco y se la alargó al granadero; éste se echó á reir mirando la caja y diciendo:

—¡Qué disparate! dar una caja de tabaco á un niño que aun no lo gasta!

El emperador iba á replicarle, cuando sintió que le tiraban del sombrero, y vió que el niño que

tenia en sus brazos el granadero, alargando su manita á la presilla, jugaba con la escarapela.

—Atended, señor, dijo el granadero, el chiquillo es mas astuto que nosotros, hace como V. M., toma loque le conviene.

—Pues bien, contestóel emperador, que laguarde, y arrancando él mismo la escarapela del sombrero, se la entregó al niño.

—Vamos, haz ver á S. M. que sabes hablar, y el niño riendo y dando palmaditas, tartamudeó dulcemente estas palabras: *viva el emperador*.

Desde este dia, Santiago hizo muchos viages, volvió á París, fué á Madrid, regresó á Viena, penetró hasta Moscou, y acompañó á Napoleon á la isla de Elba. Jacobito se halló en todas las campañas, ya dando sus pasitos en pos de los avanzados que daban los granaderos de la guardia, ya conducido con los bagages, y algunas veces á horcajadas encima del costal del *cantinero*. Tenia un sablecito y una gorra de cuartel, que se ponia dejándola caer hácia la oreja, tocaba el pito como un ruiseñor, y Santiago que amaba y honraba á Napoleon tanto como á su madre y á su mismo pais, habia enseñado á Jacobito á amarle y honrarle tambien. No sabia el granadero cómo conseguiria que el niño llevase consigo siempre laescarapela; y de pronto le ocurrió la idea de encerrarla en un medallon el que colgó de su cuello, diciéndole: escucha, Jacobito, todas las mañanas al levantarte y por las noches cuando te acuestes, al ver este medallon has de rezar; como no lo hagas, te haré comer las sopas hirviendo sin soplarlas. El niño fué tan exac-

to en cumplir el mandato, que por espacio de ocho años, noche y mañana, se arrodillaba Jacobito para rogar á Dios por su padre Jacobo y por el emperador.

En estos ocho años se remontó la Francia á la cumbre de la gloria y del poder, y se la vió abatida en la desgracia. Napoleon fué desterrado á Santa Helena y el ejército fué licenciado. Al pobre Santiago y á todos los demas compañeros se les envió á sus casas, sin mas recursos que sus tres galones, su cruz y su pobre huerfanito. Luis que tenia entonces 9 años, comenzaba ya á comprender su desgracia, y muchas veces me ha contado que lo que mas le afligia era ver á su valiente padre, que pocos meses antes habia hecho marchas forzadas de 15 á 20 leguas por dia con su fusil, fornituras y mochila á cuestas, caer casi moribundo de fatiga al cabo de algunas horas de camino, á pesar que no llevaba mas que un pequeño fardo de equipage y un miserable palo. De dia en dia se iba debilitando, teniendo que pasar muchas noches en los establos sin mas abrigo que la paja que le recogia en la cuadra Jacobito: le velaba por la noche y le daba los pedacitos de pan que obtenia de los amos de casa; pero por último la debilidad de Santiago se aumentó de tal manera que se tuvieron que parar en una choza en medio del campo, donde el infeliz soldado vencido por el dolor dejó escapar á pesar suyo estas palabras: «Jacobito un poco de aguardiente ó me muero.» El pobre muchacho echó á llorar á gritos y yéndose á la orilla del camino mas inmediato, probó á pedir li-

mosna; mas no recogiendo nada estaba á punto de desesperarse, cuando de pronto le ocurrió una idea, de las que inspira la desgracia, se puso de rodillas y sacando el medallon del pecho, entre gritos y sollozos repetia: «¡Dios mio, Dios mio! socorred á mi papá Santiago!» y lo repetia sin cesar aunque interrumpido por fuertes sollozos. «Dios mio! socorred á mi papá Santiago! A este tiempo pasó un caballero y acercándose á Jacobito, le hizo varias preguntas á las que le contestó refiriéndole su historia bañado en lágrimas, concluyendo por decirle: «Mi papá Santiago me ha prohibido desprenderme en ningun tiempo de esta escarapela; me ha dicho que en ella tenia mi proteccion y mis bienes: yo me dejaria cortar un brazo antes que soltarla, mas sin embargo, si quisierais darme dos cuartos para llevar aguardiente á mi pobre papá Santiago, yo os la daria.» El estrangero todo enternecido, dijo al niño: «ese que has implorado ha dejado en Francia algunos antiguos soldados que partirán sus bienes con sus camaradas. «Llévame donde está Santiago y ese hombre......» —Este hombre benéfico, esclamó el jóven oficial de marina interrumpiendo la relacion de la esposa del general, este hombre benéfico me tomó en brazos á mí, pobre mendigo. Hizo trasportar á Santiago á su casa de campo, donde le volvió á la vida, le aseguró una subsistencia, é hizo que me cuidasen á mí huerfanito, como si fuera hijo suyo, y cada dia, Dios mio! me colma de beneficios!!! y al decir estas palabras, el jóven marino echó á llorar á gritos; y como el general y su esposa le tenian de las manos, le corrian

las lágrimas por su hermoso rostro, pero pasado un momento, le dijo el general: Luis, noconcluyes la historia, te olvidas de decir, que te prometí volverte la escarapela el dia que vinieses con una charretera ganada en el campo del honor, como nosotros hemos ganado las nuestras, y ya lo veis la escarapela está en su sombrero, porque Luis se ha hallado en la toma de Argel, y su capitan que le habia recibido en calidad de aspirante, me le ha vuelto en la de abanderado. Concluyendo estas palabras el valiente general abrazó á su hijo adoptivo.

Todos nosotros estábamos enternecidos, y el viejo oficial dijo en voz baja enjugando sus ojos y vigote.

—Ya os lo dije de antemano, que os habiais de deshacer en lágrimas.

FIN.

ADVERTENCIA.

Con el presente tomo termina la série de la *Infancia*, primera de las tres en que hemos dividido nuestra BIBLIOTECA GENERAL DE EDUCACION. Al continuar las otras dos séries, hemos observado que las obras que deben componerlas pertenecen á las que están ya aprobadas para servir de testo en la enseñanza. Ni debemos atacar la propiedad particular de los autores de dichas obras, ni abrigamos, solos en esta vasta empresa, la presuncion de componer otras mejores que ellas y añadir una mas á las muchas buenas que ya existen. Evitando, pues, toda clase de competencia, variamos algun tanto el rumbo de nuestras tareas para continuarlas fieles siempre á nuestra doctrina y á nuestros principios de claridad y sencillez, en la importante obra de los CIEN TRATADOS; coleccion de mérito indisputable y destinada á una inmensa popularidad.

Esta obra cuyo sistema de publicacion nos proporciona continuar nuestras tareas con el desahogo que otras imprescindibles ocupaciones nos permiten, está escrita bajo una forma adaptable á toda clase de capacidades, y concebida, si se quiere, bajo ese espíritu de *enseñanza popular* que ha sido desde un principio el objeto de nuestros desvelos, y que es la natural continuacion de una enseñanza sencilla y maternal como la que hemos querido inculcar en los tomos de la *infancia*. La clasificacion de los CIEN TRATADOS se aviene tan maravillosamente á nuestro primitivo plan, que en ella tiene cabida cuanto se refiere á la *enseñanza*, *colegios y universidades*: en una palabra, á cuanto, sin descender á tratados particulares, nos faltaba decir respecto de la *Adolescencia* y la *Juventud*: últimas séries de nuestro plan, hasta llegar á la *eleccion de estado* ó la época en que terminada la edad de *instruccion*, se entra en la de *accion*, eligiendo alguna carera para ser útil á sí y á sus semejantes. Todo esto es lo que pensamos cumplir en obsequio de nuestros lectores.

INDICE.